

Una accidental historia de amor

Pedro Carbonell Castellero

Una accidental historia de amor

© 2005 y 2011, *Pedro Carbonell Castillero*

Capítulo primero

El cancerbero de la discoteca no nos dejaba entrar. Sac insistía en que le diese un motivo razonable por el cual éramos considerados personas ingratas, pero la mole de carne humana se limitaba a permanecer en silencio y mirarnos como molestos bichos que podían ser barridos ante la más imperceptible señal que le enviase el jefecillo, situado semiescondido a sus espaldas.

-No insistas –dije a Sac, tocándole un brazo-. Ya te advertí que aquí no nos dejarían pasar.

-¿Por qué no? –exclamó él, con su habitual y patético gesto de encoger la parte superior de la espalda hacia delante, separar ambos codos y hacer chocar con fuerza los puños.

-No sé exactamente por qué, pero hace tiempo que me tienen denegada la entrada. Creo que se debe a que casi siempre acabo mareado cuando me marcho de aquí.

-¿Pero tú te has metido con alguien?

-Quizá con la imagen del local.

El portero permanecía imperturbable ante la conversación que manteníamos frente a su ombligo, mientras de vez en cuando abría la cadenita que cercaba la entrada para permitir el paso de la gente que discurría de modo arbitrario por la sala de diversión y sus cercanías.

-Mira, Sac, lo mejor será que nos vayamos por donde hemos venido. – Comenzaba a cansarme su tozudez. Antes de decidimos a venir aquí ya le comenté que era posible que no nos dejaran pasar, pero él, erre que erre, me insistía en que si nos portábamos con educación no tendrían motivos para impedirnos nada... Hasta que accedí a su petición para hacerlo callar.

La discoteca se encontraba en unos pinares junto a la playa, a seis kilómetros, más o menos, del casco urbano donde habitábamos. Habíamos llegado hasta allí en taxi y ahora debíamos esperar, junto a la empalizada que delimitaba el terreno del local, a que alguien hubiese tenido la idea de venir hasta aquí, también, en el mismo medio de locomoción, para así nosotros aprovechar y ocuparlo. Estaba seguro de que ni siquiera nos dejarían llamar por teléfono, y nosotros carecíamos de medios para contactar con algún transporte a esas horas de la madrugada.

Multitud de vehículos pasaban raudos por la carretera de al lado, aunque ninguno con la lucecita verde sobre el techo que indicase que se trataba de un taxi libre.

A esas horas, y en pleno invierno, hacía algo de frío. La humedad impregnaba de rocío las carrocerías de los coches que estaban estacionados en las laderas de la corta vía asfaltada paralela a la carretera. Despedíamos vaho por la boca, y éste formaba una intermitente neblina alrededor de nuestras cabezas. Nadie se presentaba en alguno de los puñeteros vehículos de alquiler.

-¡Maldita sea, Sac! ¿Es que nunca vamos a tener una juerga sin ningún tipo de incidente? –Mi cabreo, debido a la absurda situación en que nos hallábamos, estaba llegando a su punto álgido. Miré, asqueado, aquella cara saturada de ignorancia, y tuve que contener las ganas de cruzarla con un par de tortazos bien dados.

-Tranquilo, Júnior, tranquilo –dijo, intuyendo que mi arrebatado de furia podía acabar en algo más que simples palabras-: ¿Qué te parece si caminamos por el arcén en dirección al pueblo hasta que encontremos una cabina?

¡Vaya! La nuez que tenía por cerebro había dado con un atisbo de idea. ¡Y dijo arcén y no orilla, vera, lado o costado de la carretera, o algo similar!... Me quedé anonadado.

Emprendimos la marcha con más ilusión que esperanza, y la cabeza gacha, excepto un breve instante en que la giré para mirar cómo una chica, que debió de salir de la discoteca, abría la puerta delantera de un utilitario y se introducía en él. Ella se percató de la envidia que me invadía e hizo un mohín de asco con sus carnosos labios.

Caminamos durante un buen rato, silenciosos y pensativos, sin atisbar nada que se pareciera a un teléfono público. Mi mente divagaba con cierta torpeza debido al efecto del alcohol que había ingerido en ciertos bares de nuestra villa, antes de que se nos ocurriese venir a ese maldito lugar que, paso a paso, dejábamos en la lejanía. No cesaba de atormentar a mi cerebro un bucle mental, el cual me reprochaba que podía haber sido un poco más listo y decirle al taxista que nos había traído que aguardase ante la puerta por si ocurría lo que me temía que iba a suceder. En fin, la situación ya no tenía remedio y debíamos andar, nos gustase o no.

Yo avanzaba el primero. Eché un vistazo hacia atrás y no vi a nadie. Intrigado, y algo atemorizado, llamé a Sac. Una distante voz me respondió y, poco después, su figura, difuminada bajo las sombras de la noche, surgió de entre unos matorrales situados cerca del arcén de la mal iluminada calzada. Aguardé

con paciencia a que se me acercase y, cuando llegó, le dirigí una interrogativa mirada que él interpretó correctamente.

-He meado. No podía aguantarme.

-¡Coño! ¡Avísame!

Sin más comentarios reanudamos la marcha.

Los pies me dolían de tanto caminar. Las luces del casco urbano indicaban que nos hallábamos muy cerca de él. Ya no haría falta llamar a un taxi sino a un podólogo.

-Mira –dijo Sac.

Señalaba unas marcas de neumáticos dibujadas sobre el asfalto. Parecían muy recientes.

-Se curvan hacia la izquierda –advertí.

Sac asintió con la cabeza, mientras observábamos cómo las huellas derivaban desde la derecha de su sentido de circulación hasta salirse por el lado contrario, en caprichosa e irregular línea transversal, parecida a una senoide. Corrimos hacia donde desaparecían las marcas, y acto seguido ascendimos a un montículo de tierra que resguardaba a una ancha acequia, utilizada por las poblaciones de la zona como conducto cloacal y de regadío para los cultivos que todavía persistían en las afueras de la populosa conurbación donde habitábamos.

Nos asomamos y vimos un coche, que en seguida reconocí, casi hundido en el centro del canal.

No me lo pensé dos veces. Creo que si lo hubiera hecho no me habría metido en las pútridas aguas, pero me introduje.

-Detén al primer vehículo que pase –grité a Sac mientras, cubierto de mierda casi hasta el cuello y con los pies hundidos en el lodo del fondo, intentaba alcanzar mi objetivo.

Me asomé por la ventanilla del conductor y pude ver a la chica: estaba inconsciente y su rostro, comprobé asustado, ensangrentado.

El interior se llenaba poco a poco de excremento líquido, debido a que el parabrisas, que seguramente había impactado contra algo duro, estaba resquebrajado y con una perforación en el centro de la telaraña cristalina de unos cinco o seis centímetros de grosor.

Por ahí se llenaba el cubículo. Si no me daba prisa, pronto se cubriría la cabeza de la muchacha –a saber cuánto tiempo había transcurrido desde el accidente hasta que lo habíamos descubierto-, pues le descansaba con languidez sobre el pecho, por debajo del nivel de las aguas exteriores. Subí al capó, le di una patada al vidrio y éste se desmoronó –tuve suerte de que ningún fragmento la hiriera aún más después de esta decidida acción mía.

El fétido fango irrumpió de modo torrencial en la cabina, pero yo de inmediato agarré a la chica por las axilas, tiré de ella y la saqué de la trampa mortal. La arrastré como pude hasta Sac y, con su ayuda, la depositamos sobre unas ralas gramíneas que por allí crecían.

-¿Está viva?

-¿Ehh? –La pregunta de Sac me pilló por completo desprevenido.

Estaba tan concentrado en intentar sacarla, que una vez logrado mi objetivo parecía haber olvidado lo verdaderamente importante.

Gracias a Dios, la muchacha estaba viva. Unas toses sanguinolentas nos lo confirmaron, pero nada sabíamos respecto a la gravedad de su estado. Nos incorporamos y paseamos nerviosos a su alrededor, sin saber qué hacer. No circulaba coche alguno en aquellos momentos. La carretera conectaba en perpendicular con la comarcal donde estaba situada la discoteca, y a pesar de la hora y de la escasa importancia de la vía, no era normal que transcurriese tanto tiempo sin que pasara algún vehículo.

Comencé a estornudar, debido al frío ambiental y a mis empapadas (y apestosas) prendas. Estaba, además, sin calzado, ya que había tenido que desprenderme de los zapatos al impedirme éstos avanzar con comodidad cuando me hundía en el lodo con la chica en brazos.

Tenía la esperanza de que la consecuencia de mi acto no fuese más que un postrero resfriado, pero la húmeda ropa de la joven podría ser la puntilla que acabase con ella. Pese a que el frío no era demasiado intenso, aun estando en invierno, la temperatura era lo bastante baja como para que no pudiésemos desprendernos, la chica y yo, claro, de nuestra mojada indumentaria y quedarnos sólo con las prendas interiores, para evitar así posibles males mayores como pulmonías e infecciones, o quién sabe qué, después de haber estado metidos en “eso”.

Eché un vistazo a la fatigada farola que había junto a nosotros y pensé que un objeto tan corriente (de cuya presencia no solemos percatarnos) me había permitido actuar, ya que gracias a ella había podido ver el escenario y lo que en él estaba sucediendo.

¿Y las marcas de las ruedas? Quizá algún animal, o una persona, se le había cruzado de repente obligándole a dar un brusco volantazo para esquivar la súbita intrusión. Aunque esto no era más que una suposición mía...

Me arrodillé junto a ella y le cogí el brazo para tomarle el pulso, que noté muy débil y un tanto irregular.

¿Y sería posible que en todo el rato transcurrido no hubiese pasado ya alguien?! Estaba casi desesperado y Sac, con sus incesantes caracoleos a nuestro alrededor, contribuía a que mi nerviosismo aumentase a pasos agigantados.

-¡Estate quieto, maldita sea!

Sac me miró con sus borreguiles ojos y balbuceó:

-Es..., es que no sé qué hacer, Júnior.

-¡Mierda!... ¡Yo tampoco sé qué hacer!, pero por lo menos no doy vueltas como un idiota. –“Aunque eso es lo que eres”, pensé impiamente.

Me hizo caso y se sentó frente a mí, quedando la chica en medio. Observé el rostro de Sac, y me pregunté qué hacía yo en compañía de una criatura como él.

Sac es un ser difícil de definir; casi, casi, infable (quizás las mejores palabras que posea para describirlo sean éstas: “todavía estoy buscándole alguna virtud”). Es bajito, microcéfalo, con ojos porcinos y vacíos; su boca está resguardada por finos labios y sucios e irregulares dientes que no conocen la ruidosa invasión de un cepillo bucal; el desproporcionado conjunto de su cara (enrojecida debido a unas extrañas excrecencias de, supongo, tipo infeccioso) acaba de definir su desagradable y desgraciado aspecto. La actitud de Sac ante la vida es la de despilfarrarla lo más rápido posible con los excesos casi inverosímiles de ingerir alcohol y fumar. Ambas cosas las consume cada día en

cantidades industriales. Y aunque casi siempre carece de dinero, no le preocupa, es un artista del sablazo y el gorroneo. Cree, erróneamente, que para disfrutar hay que introducir en el cuerpo la mayor cantidad de tóxicos (legales, en su caso) posible. El único motivo de que no se haya introducido en el submundo de las drogas ilegales se debe a su escaso peculio y, quizás, a un diluido sentido (inculcado desde pequeño) de que las drogas son “malas”.

Siempre proclama con orgullo que él no es drogadicto (cuando me lo recalca supongo, con ironía, que se debe de referir a los estupefacientes). De alguna manera intuye, casi subliminalmente, que la cocaína u otras porquerías son el único pozo de miseria en el que le falta caer. Sac es lo ya dicho, además de analfabeto, irresponsable, desidioso, mentiroso compulsivo, insidioso, tergiversador, homosexual... Respecto a su orientación sexual me abstengo de opinar porque eso son cosas inherentes a la naturaleza humana y no negativas en sí mismas –y no quiero que toda la “mariconería” unida se me eche encima-, pero considero que Sac es la ausencia total de cualidades positivas...

Sac es familiar mío.

Siempre tuve la sensación, ante Sac, de que yo era la cara consciente de la misma moneda: si en aquellos momentos todavía no me consideraba un alcohólico, no podía negarme estar a punto de serlo. Mi vida se movía

cíclicamente entre los enormes estados de embriaguez en que me sumía los fines de semana y el intervalo de recuperación que me ocupaba alrededor de tres o cuatro días. Así, estando todavía indispuesto debido a las colosales resacas, tenía que acudir al trabajo y, como es natural, me costaba mucho, al principio, rendir en la obra (en aquel entonces era peón de albañil).

La incontinencia verbal y la falta de hipocresía que provocaban en mí la bebida, me habían dejado sin amistades. Supongo que éste era el motivo por el cual salía con Sac, criatura inmune a los estragos de la profanadora y afilada aguja que era mi lengua cuando me hallaba en estado lamentable.

Aterido y empapado hasta los huesos como estaba, comencé de nuevo a estornudar, resultando evidente que la inmersión había producido en mí sus efectos. Mal asunto. Pero, en ese momento, un lejano ruido de motor nos sacó del ensimismamiento en que nos encontrábamos. Sac reaccionó antes que yo y saltó como un gamo hacia la calzada. Corrí tras él y, agitando los brazos como locos, llamamos la atención del conductor del vehículo.

Tuvimos suerte, ya que el coche que se detuvo era una unidad de la policía municipal, de la que descendieron dos agentes de escrutadora mirada preguntándonos qué sucedía.

Los llevamos hacia la muchacha mientras, de manera confusa, intentábamos contarles lo ocurrido. Cuando vieron la escena no hizo falta darles más explicaciones. El que parecía llevar la voz de mando, alto y fuerte, de agradable rostro pero ridiculizado por una enorme y velluda verruga situada justo en la punta de su nariz, se agachó ante la chica y le tomó el pulso.

-Aún vive –comentó. Se giró hacia su compañero y ordenó-: Llama por radio a una ambulancia y diles que se trata de un caso muy urgente.

El hombre uniformado permaneció en cuclillas, observando el cuerpo inerte, hasta que pareció reparar en algo. Entonces se incorporó, nos hizo señas a Sac y a mí de que lo siguiéramos, y se dirigió a la unidad de servicio. Cuando llegamos, hurgó en el interior del maletero y sacó un par de mantas; me entregó una y se fue con la otra para cubrir a la muchacha con ella.

La ambulancia no tardó en llegar. Estacionó al lado y dos enfermeros descendieron de ella, desplegaron una camilla y, raudos y eficientes, la volvieron a introducir donde la habían sacado, ya con su carga. Conectaron de nuevo la estridente sirena de aviso y, cuando iniciaban la marcha, el agente de la verruga los detuvo con el típico gesto de quien está acostumbrado a mandar. Me localizó con la mirada y dijo:

-Será mejor que vayas con ellos para que te hagan una revisión en la clínica. Puede que hayas cogido alguna infección al meterte en esas aguas –puntualizó, como justificando su decisión.

-¿Y él? –pregunté señalando a Sac.

-A él nos lo llevamos a la jefatura para que declare sobre lo ocurrido. ¡Pero venga, venga! –exclamó, casi metiéndome a empujones en la ambulancia-. Ahhh..., no te olvides de acudir, tú también –recalcó-, a dar tu versión cuando te den el alta...

Fue lo último que escuché, pues el camillero cerró con un sonoro portazo y la ambulancia inició su marcha.

Tuvimos la suerte de que durante el trayecto la joven recuperó un momento la consciencia, lo justo para dar sus datos entre estertores, y se desvaneció de nuevo.

El enfermero aseguró que esto era un buen síntoma, que saldría, casi con seguridad, de la situación. Cogió una tijeras y la despojó de la apestosa ropa. Por un instante pude contemplar el desvalido cuerpo desnudo y una inevitable y palpitante erección pugnó contra la tela que cubría mi entrepierna. En seguida tapó a la joven con una sábana, y la manta por encima de ésta. Restañó con cuidado la sangre de su cara y le inyectó una sustancia, “un analéptico”,

respondió, pedante ante mi interrogativa mirada, consciente de que yo no comprendería el significado de la palabra –y así era, aun cuando mi léxico era bastante rico.

La sirena de la furgoneta hería la noche, mientras el conductor nos trasladaba de un modo tan temerario que me hizo pensar en otro accidente.

Capítulo segundo

Pasillos y salas por completo iguales jugaban a zaherir mi atribulado sentido de la orientación. Avergonzado de tener que preguntar por enésima vez, buscaba con la mirada las placas de polietileno opacado adheridas a las paredes, que llevaban impresos en serigrafía los nombres y flechas que indicaban las direcciones de las diferentes áreas especializadas del hospital. Tuve suerte y pronto localicé la que buscaba: un signo rojo me obligó a torcer por un vacío y estrecho corredor con numerosas puertas en cada uno de los lados. El lugar desprendía un mareante tufo a antibióticos, pero aguanté con estoicidad las embestidas del penetrante olor y llegué impertérito a mi destino.

Giré el pomo y abrí lo suficiente para poder echar un vistazo y examinar el interior de la habitación. Ésta tenía forma rectangular y en el fondo, haciendo frente a la puerta –donde yo estaba en esos momentos–, se situaba una cama sobre la que yacía una difusa forma blanca en impoluta superficie de asépticas sábanas. Toqué suavemente con los nudillos en la madera y una vendada y semiinmóvil

cabeza –debido a un collarín de sujeción cervical- pugnó por surgir de la almohada.

-¿Quién es? –preguntó la chica, con alicaída y desmoralizada voz.

Yo no acertaba a encontrar el modo adecuado para presentarme, así que carraspeé sonoramente y me acerqué con timidez hacia ella.

-Hola –logré decir cuando poco menos de un metro me separaba de aquellos escrutadores ojazos.

-Tú debes de ser la persona que me sacó de la acequia, ¿verdad?

-Sí –confirmé mientras me sentaba en un sillón de escay marrón que había al lado de la cama-. Me dijeron que deseabas conocerme..., y aquí estoy.

-¿Cómo te enteraste de esto?... Quiero decir que cómo supiste que yo quería verte.

-En comisaría dejé los datos; tu madre llamó o se presentó, no sé, explicó el asunto y el inspector, o quien sea que dirige eso, me transmitió su deseo...; y ya me ves. –Nervioso, me quité la chaqueta, rebusqué entre sus bolsillos y, una vez localizado, saqué un paquetito envuelto en papel de regalo, se lo entregué y ella lo abrió con dificultades debido a que sus brazos colgaban, enyesados, de cabestrillos aéreos. Observó la cajita de tiritas y me dirigió una mirada de desconcierto.

-¿Qué significa esto? –preguntó.

Me agité incómodo sobre el asiento y contesté:

-Verás... Se trata de un regalo simbólico –y barato, pensé- con el cual pretendo desearte que te recuperes muy pronto y que una simple tirita sea lo bastante grande para que cubra tus heridas.

Fue la primera vez que escuché su risa: cristalina cacofonía con la virtud de levantar el ánimo de cualquiera. Me sentí feliz por lograr arrancar un sonido tan especial como ése.

-Eres muy simpático –logré descifrar entre sus estertores de alegría.

-Bueno, yo... no estaba muy seguro de que fuese a agradarte, pero me anima que así sea.

Un súbito gesto de seriedad en su rostro diluyó mi complacencia interior.

-Tu nombre es Júnior, ¿verdad?

-Sí. Y tú eres Sara –confirmé, mientras me levantaba y besaba las vendas de su cara.

Cuando volví a sentarme se produjo un extenso silencio que pareció ominoso y que podía romper el ambiente más o menos distendido en el que había transcurrido hasta aquellos instantes la visita.

-Aunque a la hora de decidir el alcance de tus lesiones fuera peor para ti –se me ocurrió decir, en un intento por disolver la tirantez del momento-, a mí me vino de perlas que no te colocaras el cinturón de seguridad, pues pude sacarte con relativa facilidad.

-¡Qué me vas a decir a mí! Para empezar, cuando saltó el coche al vacío, y con el vaivén que produjo en mí el montículo, me di un golpetazo en la cabeza contra el techo que me dejó grogui. Y tuve suerte de no empotrarme el volante en el pecho.

-¿Cómo sucedió?... El accidente, me refiero.

-No lo sé. Me pareció ver un animal que se cruzaba en mi trayectoria, pero, que yo sepa, los leopardos o bichos similares no habitan por estos alrededores.

-¿Un leopardo...? ¿No sería un perro grande?

-No, no; un perro no era –dijo mirándome. En seguida desvió sus ojos-. Y yo no tomo drogas; de ningún tipo. –Parecía haber adivinado mis pensamientos.

-Tranquila. La noche hace que las cosas se confundan. ¿Te han dicho cuándo te darán el alta? –cambié de tema, más por disipar su confusión y embarazo que por curiosidad.

-No, aún no. Calculo que estaré aquí una semana más, y después me dirán que acabe la recuperación en casa. El peligro de una recaída ha pasado.

-Me alegra que todo marche bien.

-Sí... Me han asegurado que el único rastro del accidente serán algunas cicatrices casi invisibles en mi rostro. ¿Sabes?, mi familia comenta que si no me hubieses sacado, es posible que ahora estuviera en coma y con pocas posibilidades de salir de él... Gracias –finalizó con un hilo de voz.

-No tienes que dármelas, cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar.

En aquellos momentos pensaba que si no la hubiera sacado a tiempo ella no estaría en coma en una clínica, sino enterrada: el coche se llenaba de fango y su cabeza descansaba bajo el nivel del agua exterior. Lógicamente, no podía comentarle este detalle; no se trataba de un gesto de modestia, sino que me perturbaba el haber notado cómo a ella le había costado tanto agradecerme.

No podía reprochárselo. Si a mí me hubiera ocurrido algo similar, es posible que también me encontrase incómodo en el momento de dar las gracias a mi salvador. Es chocante, supongo, verte cara a cara con una persona de la que piensas que si no fuese por ella quizá ya no estarías aquí, y más cuando por desgracia habitas en una sociedad que proclama como estandartes el egocentrismo, la depredación y la autosuficiencia. (Puede que hasta ahora las cosas funcionen así, pero es posible que el tan cuestionado factor humano sea lo que nos salve de un futuro que se vislumbra muy oscuro.)

Al contrario que el anterior silencio, éste era de hermanamiento, de recapacitación... Me separé del sillón y avancé semiagachado hacia ella, la besé de nuevo y nos despedimos con un escueto adiós.

-¡Espera! –dijo cuando yo entornaba la puerta. Me giré y la miré expectante-. Te... ¿Te parecería bien que quedásemos algún día para salir a tomar algo?... Cuando esté restablecida, claro.

-Me encantaría, pero no quiero que lo hagas por sentirte obligada conmigo. No me debes nada.

-Te juro que no es por eso... Verás, tengo veinticuatro años y todas mis antiguas amistades se han desperdigado: unos han formado pareja, otros hasta se han casado y ya tienen hijos, el resto se ha marchado a vivir a otras poblaciones... Así son las cosas, ya sabes: todo cambia. La cuestión es que ahora, aparte de mi familia, me encuentro sola y me gustaría conocer a gente nueva... Aunque, claro, a lo mejor tú ya tienes tu vida establecida y no te apetece o no puedes variar drásticamente tu rutina...

-No, no... Te aseguro que en ese aspecto ambos coincidimos, pero mis problemas en cuanto a relaciones sociales son diferentes.

-Podríamos intentarlo: conocernos, tomar algo y charlar. ¿Tenemos en casa tu número de teléfono?

-No lo sé. A mí me llamó un agente.

-Pues mira, busca a una enfermera... No, lo haré yo... Claro, que es un decir...

Si le das al botoncito que hay en mi cabecera, acudirá alguna. Cuando llegue le pedimos papel y lápiz y nos intercambiamos los números.

Hice lo que me indicó y le pregunté:

-¿Cómo te las apañas cuando las necesitas y no tienes a alguien a tu lado?

-Me aguanto. Aunque realizan inspecciones periódicas y bastante frecuentes.

Una bonita y simpática muchacha nos solventó el asunto. Antes de marcharme, Sara dijo que sería ella la que se pusiese en contacto conmigo. Tenía sentido, ya que ella sabría con seguridad cuál sería el día en el que podría salir sola.

Capítulo tercero

La recuperación de Sara era casi total cuando un jueves, recién llegado yo del trabajo, me llamó. Quedamos para vernos al día siguiente por la tarde, en una enorme y bella plaza de la gran ciudad donde realizaban su parada terminal casi todas las líneas de autobús de la zona sur del área metropolitana. Hacía tres semanas que había acabado el invierno, pero el cielo estaba plomizo y amenazaba con llover. Yo llegué primero y la esperé sentado junto al lugar donde ella me dijo que se bajaría. No era un día frío ni ventoso pese a estar nublado, pero el recelo, o más bien temor, de que ella hubiera decidido cambiar de planes a última hora –la mente humana es a menudo miedosa, estúpida, atrabiliaria y caprichosa– hacía que mis músculos se tensionasen y me arrebujase con la ancha chaquetita de entretiempo que llevaba puesta –manos en los bolsillos–, como si estuviera en el Polo Norte.

No pude evitar una sonrisa de alivio y, por qué no, de alegría, al verla de nuevo, y en tan buen estado, cuando la observé descender del bus y acercarse a mí con expresión de satisfacción en su cara. Llegó a mi lado y nos saludamos con

un par de besos en ambas mejillas. La cogí de los hombros y la contemplé de arriba abajo.

-Estás como nueva. No veo ni aquellas cicatrices que me comentaste que te quedarían en el rostro –dije satisfecho.

-Un poquito de maquillaje. Además –levantó el brazo izquierdo, mientras que yo la soltaba y escuchaba con atención, para mostrarme la escayola que cubría su antebrazo-, la fractura múltiple del cúbito aún no se ha regenerado por completo –suspiró con un “puf” de resignación-. Es ya lo único que queda de todo esto. ¿Y tú? Cuéntame cosas de ti.

-Yo... –me ruboricé un poco aunque ella no lo notó-. Pues... trabajar como un burro, y descansar y tratar de divertirme los fines de semana.

-Ah, tú ya estás en el mundo laboral; también se te ve un poquito mayor, claro. Yo estudio Derecho. Es un rollazo. Hay que tener una memoria de elefante o incentivar el ingenio para copiar en los exámenes sin que te pillen. Mis padres quieren que tenga un futuro que los dignifique, miran mucho eso, y, mientras viva con ellos, debo pasar por el aro. Pero te aseguro que a menudo pienso que me encantaría ser una simple cajera de supermercado.

Resultó que la inquietud, incluso la angustia, que había desarrollado en mi mente durante todo este tiempo transcurrido hasta el reencuentro, se veía confirmada: nuestros estratos sociales eran muy distintos.

Pero debía desechar los temores, ya que ella se encontraba predispuesta, aunque sólo fuera por agradecimiento, a relacionarse conmigo. Yo no podía fallarle.

Me quedé alelado cuando, con una sorprendente naturalidad, su brazo derecho rodeó el mío izquierdo y me obligó a iniciar unos pasos en dirección indeterminada, aleatoria. Me sentí un poco intranquilo al principio, pero en seguida comprendí que la suya era la actitud típica de toda mujer cuando pasea por la calle en compañía de un hombre.

Deambulábamos al azar, ambos en silencio, y yo me sentía bien oliendo su delicado perfume y mirando su beatífica sonrisa, que producía en mí el efecto de encontrarme como más fuerte y seguro de mí mismo. Fuimos a parar al casco antiguo y ella comentó que podríamos buscar una hamburguesería y comer algo. Yo le respondí que en este lugar había muchos figones en los cuales hacían estupendas y sabrosas tapas. Aceptó.

Nos introdujimos en un local con unas rectangulares mesas de madera, rústicas y macizas, cuyos bancos no eran más que troncos cortados en dos a lo

largo y colocados en paralelo –la parte lisa, por supuesto, boca arriba, y el semicírculo fijado al suelo por grandes cuñas para que no nos balanceáramos-, una mitad a cada lado longitudinal del eje que suponía la mesa, y con la misma medida que la recia tabla donde se depositaban los productos que los usuarios ingerían. Todo el mobiliario del recinto era del mismo estilo, incluso las columnas y la barra hacían juego, para otorgarle, supuse, un aire medieval al lugar, con ese añadido de una capa muy gruesa de barniz opacado por el frecuente roce humano, manchas de comida y humo de los cigarrillos que se habían fumado allí. En aquel momento había un gentío enorme, y sus conversaciones producían un murmullo constante y de elevado grado sonoro: muchos decibelios jugueteaban con la intención de incordiarnos.

Pedí un bocadillo de jamón con queso, el pan untado de tomate, y una jarra de litro de cerveza (la vi fruncir inconscientemente el ceño cuando solicité esto último), mientras ella se conformó con una ración de patatas bravas con salsa rosa y una botellita de agua mineral con gas.

-¿Sabes?, en la noche del accidente te vi salir de la discoteca –dije, a la espera de que nos sirvieran.

-Ah... Yo no recuerdo haberte visto.

-Pues lo hiciste. Y me dio la sensación de que no te caí muy bien en aquel entonces. Yo iniciaba el camino a pie hasta el pueblo, en compañía de un amigo – no dije del todo la verdad en lo de “amigo”- que, aunque menos, también intervino en tu rescate y que... Puede que en otro momento te hable de él...

-Perdona que te interrumpa. Es que, verás..., tenía la idea, preconcebida por lo que me explicas, de que descendiste de otro vehículo cuando viste las marcas producidas en el asfalto por el frenazo.

Trajeron lo solicitado y empezamos a consumirlo a la vez que reanudábamos el diálogo, que ella encauzó hacia una cuestión que me hizo sentir como si empedaqueseciera, con una sensación contraria a la hasta ahora sublimada imagen con que me acariciaba su impresión para conmigo.

-¿Cuál es tu trabajo?... Es que tus manos están endurecidas, llenas de callosidades. ¡No, no me lo digas! Siento que puedas creer que me inmiscuyo en lo que no me importa. Hemos quedado para pasar una velada agradable y no quiero estropearla. Disculpa, de verdad, a veces, sin pretenderlo, me muestro un poco impertinente.

Intentó rectificar porque se había percatado de mi ligera incomodidad. Sin embargo, yo decidí ser valiente y no eludir la cuestión.

-Soy peón de obra. Un menestral. Y lamento que este hecho, mera cuestión de supervivencia, pudiera degradar tu buena animosidad respecto a mí.

Nunca dejó de sorprenderme su risa franca y abierta. Transpiraba ingenuidad, y la bondad y alegría de una primavera sin polen.

-¡Pues hay que ver cómo te expresas! ¿Qué estudios tienes, si no es mucho preguntar?

-Sólo los básicos, obligatorios. Poco después de adquirir la mayoría de edad me peleé con mis padres y decidí emanciparme. Ahora pago la hipoteca de un pisito que compré cuando me hicieron fijo en la empresa. Hasta que no sucedió esto, viví en una pensión barata.

>>>En cuanto a lo de mi supuesta cultura, sucede que siempre me ha gustado leer y me he convertido en algo así como un autodidacta. Mis conocimientos son un barullo, una miscelánea de todo un poco y de nada un mucho...

-¿Qué libros son los que más te han encandilado? A mí también me gusta la lectura. Mi escritor extranjero preferido es Ken Follett; y de los de aquí, Vázquez-Figueroa. Ambos son muy entretenidos.

Me sorprendió lo corriente y vulgar de sus apetencias literarias, lo cual me produjo un ligero embarazo, casi como si sintiera vergüenza ajena.

-No..., no los conozco –respondí-. Yo, la verdad, es que ahora, a causa del trabajo, que me cansa bastante, apenas tengo ánimos para leer. Aún lo hago, pero poco; como máximo acabo un libro al mes, y de corta extensión, es decir, alrededor de doscientas páginas, o menos.

-¡Caramba! ¿Y eso te parece poco? ¡Si yo no soy capaz de leerme más de seis u ocho libros al año, y me sobra tiempo libre y estoy muy descansada!... Bueno, respóndeme, ¿cuáles son tus obras y autores preferidos?

-Muchos, muchos libros y autores... ¡Jefe! –llamé a un camarero que pasaba por nuestro lado-. ¿Podría llenarme la jarra y prestarme bolígrafo y papel? –El hombre asintió con una cabeza cuyo rostro dejaba traslucir agotamiento y resignación detrás de sus ojeras.

-No pretendo meterme en lo que no me importa –comentó Sara-, pero bebes bastante, ¿no? –Su preciosa cara se mostraba un poco desolada y sobre todo preocupada.

-La verdad es que sí. Últimamente, demasiado. Me inquieta un poco, sí. – Adelantó su mano y cogió la mía, la izquierda, pues estábamos frente a frente. Apretó un poco y sentí un cosquilleo especial en todo mi cuerpo.

-Si quieres, yo te ayudaré a que dejes el alcohol –dijo.

Yo vacilé, y finalmente respondí:

-¿Te apetece que nos metamos en una cruzada?... , pues hagámoslo. Aunque, eso sí, esta cerveza me la tomo, que ya está encargada.

-Pero la última, ¿eh?

-Te lo prometo –sentencié.

El camarero nos trajo lo que le pedí, y yo me enfrasqué a escribir entre trago y trago.

-¿Qué apuntas?

-Ahora lo sabrás.

Acabé de anotar y le extendí el papel.

-Toma. Éstas son, en orden de importancia de mayor a menor, probablemente las veinticinco obras en prosa más grandes de todos los tiempos. Como toda selección personal, ya que sobre gustos se sabe que no hay nada escrito, resulta seguro que alrededor del millar de títulos que excluyo podrían ocupar el lugar de algunas de ellas. Pero, ¡cuidado!, sólo de algunas, te repito. Dilas, dilas en voz alta.

Y empezó a enumerarlas:

-*El Quijote*, Miguel de Cervantes. ¿Te has leído este “tocho”?

-Tres veces. –Sus hermosas facciones no pudieron dejar de traslucir el asombro en sus ojos como soles, cuya mirada no sabía a dónde dirigirse. Cuando se recompuso le dije:

-Lee y no comentes. Si quieres, al final lo haremos. –Y sorbí los últimos restos de cerveza. Me encontraba entonces en situación, como alguien diría, de “pedete” lúcido. Ella hizo caso y continuó:

-*Ulises*, James Joyce; *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust; *El cuaderno gris*, Josep Pla; *La Regenta*, Leopoldo Alas, “Clarín”; *Confesiones de un artista de mierda*, Philip K. Dick; *Ensayos*, Michel de Montaigne; *Los pasos perdidos*, Alejo Carpentier; *El proceso*, Franz Kafka; *Últimas tardes con Teresa*, Juan Marsé; *Pedro Páramo*, Juan Rulfo; *La Celestina*, Fernando de Rojas; *Rayuela*, Julio Cortázar; *Las olas*, Virginia Woolf; *Crimen y castigo*, Fiódor Dostoievski; *Paradiso*, José Lezama Lima; *Así habló Zaratustra*, Friedrich Nietzsche; *A sangre fría*, Truman Capote; *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, Rainer Maria Rilke; *Guerra y paz*, Liev Tolstói; *La plaza del diamante*, Mercé Rodoreda; *La montaña mágica*, Thomas Mann; *Papá Goriot*, Honoré de Balzac; *Divinas palabras*, Ramón del Valle-Inclán; y por fin... ¡Ahhh: tengolabocaseca! ¡Uf!: *El verano*, Albert Camus. –Con un vistazo asintió a mis señales-. ¿Sí...? Te escucho, te escucho.

-Verás –dije-. Quisiera hacer una pequeña aclaración respecto a que las obras escritas en nuestro idioma son mayoritarias. Y es que no se puede negar que con el estallido, el *boom* dirían los anglosajones, de la literatura hispanoamericana se ha incrementado mucho el acervo de buenas obras en castellano.

Bebió de su vaso. Cuando acabó lo depositó en la mesa y me preguntó con una ingenuidad desconcertante, y cambiando por completo mi cháchara temática, algo que me dejó sin asideros y anonadado, como si un puñetazo me hubieran dado, respecto a lo que debía pensar sobre ella:

-¿Y estos tíos? –iba señalando con el dedo-. Joyce, Proust, Dick, Montaigne, Carpentier, Marsé, Rulfo, Lima y Rilke... ¿Estos fueron grandes escritores?... ¡Si en mi vida he oído hablar de ellos!

Sabía que había hecho una promesa, y que no debía ceder ante lo que mi cuerpo me pedía a gritos, más alcohol. Pero ya mi sistema digestivo estaba asimilando lo que había ingerido, y en mi sangre y en mi cerebro notaba ya su efecto. A causa de esta ligera embriaguez, como digo, sentí algo así como una pequeña perversión, añadida a un querer autoafirmativo, egotista, de demostrarle, ante la manifiesta inferioridad de mi mundo (algo endógeno, que partía de mí, pues ella nunca se mostró altiva conmigo), que cohabitábamos pero no compartíamos, que yo era culto en muchos aspectos pese a no tener formación

reglada. Así, habiendo hallado en ella un punto débil del saber, malignamente me dispuse a expresarlo, y comencé una perorata exegética sobre literatura, y sobre un escritor en particular, que después, cuando al punto de acabarla noté su expresión facial, a medio camino entre el tedio y el asombro, me hizo sentir cierto asco de mí mismo:

-A ver si me explico: Joyce, Proust y Pla son, a mi entender, las tres cumbres del siglo veinte. Pero hay en esta lista un título de un autor que en la narrativa general es casi un desconocido. Ese hombre es Philip K. Dick, que aparece en el sexto lugar de mi elenco, y si nos dejáramos guiar estrictamente por él, sería el cuarto escritor en discordia, pues pertenece, con más propiedad que los anteriores, ya que aquéllos fueron dados a luz en el diecinueve, al siglo veinte. Nació en el veintiocho y murió en el ochenta y dos, hace pocos años. Y si sabes contar –es un decir- te percatarás de que no permaneció mucho tiempo entre nosotros, lo cual no le impidió redactar una obra bastante extensa... Pues bien, este genio –para mí lo es- fue y sigue siendo un autor de culto en el género de la ciencia ficción. Tiene tantos admiradores como detractores. Críticos de gran renombre que lo denuestan y hasta editores que se niegan a publicarlo –demostrándonos que poseen enormes cerebros repletos de neuronas carentes de sinapsis y una patética dosis de incultura- tachan de papanatas a los que gustamos

de las obras de Dick. Su ceguera es tal, que no se percatan tales caballeros de que las narraciones de este autor son un torturado manifiesto de sus demonios personales. Trata temas tan actuales y sempiternos como la significación real del hecho de ser humano, el cuestionamiento de la realidad, la angustia por las guerras, el poder -sobre todo político-, el declive climático de la Tierra, o el submundo de las drogas y su efecto en el sistema nervioso –elemento este, las drogas, al que él fue asiduo, y es un factor que se manifiesta a menudo en lo que expone a sus lectores-. Sin ser misógino, muestra a sus personajes femeninos de un modo más bien negativo... Este señor está casi oculto para el lector convencional, porque no demasiada gente comprende y, mucho menos, llega a entusiasmarse con la ciencia ficción. Se vio acuciado por las penurias económicas ya que, debido a lo extrañas y transgresoras que resultaban sus novelas para la narrativa “al uso”, sólo llegó a publicar en vida una obra de temática contemporánea, la que tú has citado, que vio la luz dieciséis años después de haber sido escrita. Y, forzado por dichas penurias a escribir para semejante género, casi un gueto, pocas personas entendieron lo evidente: Philip K. Dick incursionó relativamente poco en la ciencia ficción, sólo se sirvió de la parafernalia del futurismo –esto que te estoy diciendo ahora no es mío, lo he leído- para contar a su peculiar y personalísima manera las obsesiones que te he

enumerado. Te lo repito: no encontró otro sitio donde dar salida a sus narraciones, posiblemente porque se contradecían con el modo y las corrientes del pensar norteamericano (era estadounidense): se convirtió en un autor maldito.

—Algunos años después de esta conversación, mejor dicho monólogo, me enteré por medio de Internet de que llegó a pasarlo tan mal, pese a escribir mucho y publicar, que tuvo que subsistir una temporada recogiendo lo que encontraba, y resultara útil, por supuesto, en la basura. No sé si se trata de una exageración o fue en realidad así-. Como te he dicho, hay gente, incluso catedráticos, que no entiende que, por ejemplo, una de sus novelas más famosas, *Ubik*, se halla tan distante del género ya citado como la mismísima *La Galatea* de Cervantes, una obra pastoril. Sorprende la aparente disparidad, ¿no? Intentaré que entiendas mi parecer: para mí *Ubik* es una trepidante fantasía, en tono de comedia, que flirtea con la metafísica, y es muy buena (aunque no la mejor narración de nuestro autor). Al cerrar el libro, estaba perplejo y asombrado. A lo largo de mi vida, es la obra que mayor efecto ha producido en mí en tales aspectos. Durante meses pensé en la novela. Es mucho decir, cuando te puedo asegurar que mis ojos han recorrido millones de vocablos.

>>Me situó perfectamente sobre lo que hablo... Lo siento. No pretendía hacerme pesado. (Nunca supe –pese a que, como ya señalé, me sentía mal- si esta disculpa mía fue de verdad sincera.)

-No, no, si estoy encantada de que un... ¿“menestra” dijiste?, sea en realidad casi un erudito.

No detecté ironía en sus palabras, pero decidí cambiar de tercio y bromear.

-La menestra se come muy bien sin ele: menestral se dice. Aunque si me quieres devorar, no estoy hecho de verduras.

Reímos la tontería como dos niños, atravesando el ruido subyacente, colgándonos un poco en nuestra ya algo lejana infancia.

Me levanté y le dije que la cerveza, ya se sabe, es tan diurética como el agua, y me dirigí al servicio. Cuando regresé y me senté, la miré extasiado por su paciente belleza morena y entonces recordé que debía haberme lavado las manos después de mear. Hay malas costumbres, y la ausencia de algunas otras también resultan ser cosas feas.

-¿Te apetece tomar algo, o nos vamos? –dije.

-Es tarde ya para ver escaparates y comprar cosas. Las tiendas han cerrado y tú, creo, te encuentras a gusto aquí. Sigamos si lo deseas, que yo invito. Pero ya sabes... –me advirtió con una delicada y deliciosa sonrisa que le marcaba un

hoyuelo en cada mejilla. Recordé la noche del siniestro, cuando me dirigió aquella despreciativa mirada (eso es lo que a mí me pareció) antes de entrar en su coche, y el contraste con este presente me daba la sensación de que un sueño de nimbos de aurora y sonido ambiental de arpa estaba golpeando a una pesadilla. ¿Tan errónea era mi primera impresión sobre las personas?

-Pediré un zumo de naranja –decidí-. Aunque soy yo quien paga en esta ocasión. Otro día, si lo hay, dejaré que lo hagas tú.

-Claro que volveremos a vernos, ya te lo dije. Pero, por favor, deseo hacer algo por ti. Permíteme que pague yo: me aliviará un peso que nunca podré quitarme de encima.

-Nada tienes que agradecer y menos aún que compensar.

-Está bien: ni agradezco ni compenso. Pero hoy los gastos van a cuenta mía.

Mi instinto de conservación, aquél que tendía a hacer que todo permaneciera igual, me hacía cavilar en que su predisposición a reencontrarnos terminaría por producirme cierta inquietud, e incluso miedo, por el simple hecho de que mantener una relación con ella cambiaría drásticamente mi rutina de vida.

Ya me había dado el primer aviso con su intención, positiva, pero que a mí me incomodaría y produciría ciertos trastornos, de ayudarme a dejar el alcohol. Yo no me sentía muy seguro de poder convertirme en un abstemio ni de

comenzar una relación en principio amistosa pero que quizá abocaría hacia un amor que con seguridad coartaría mi, por entonces, estúpido sentido de libertad. Podría significar a la larga las ataduras familiares de tener hijos, discutir y tirarnos los trastos a la cabeza de cuando en cuando, la consiguiente reconciliación con el patético ramo de flores, intentar complacer a todo el entorno, llantos, insomnio, sometimiento a los pueriles caprichos... Y todo ello resultaba, para mí, una cumbre tan elevada que se me antojaba siempre cubierta de nubes, y cuya cima permanecía en una opacidad imposible de penetrar.

Mi idea, en aquel momento, era vivir el día a día y examinar, como detrás de un microscopio, hacia dónde podía desembocar ese giro inesperado de mi existencia. “¿Quién sabe? (me animaba a mí mismo a veces, no sólo en aquel instante de incertidumbre), puede que estas cosas no sean tan horribles, casi todo el mundo las lleva a cabo. Además, he cumplido treinta y dos años y quizá éste sea mi último tren. No será tan malo, y si lo es, resulta una ley inexorable. Se trata, en definitiva, de la razón de que aún habitemos este planeta. ¿Por qué tendría que ser yo diferente a los demás?”

Surgí del pozo de distorsionadas incongruencias (que son la mayoría de los pensamientos) en las que en ese entonces me había sumido, y reaccioné presto para volver a la charla que manteníamos. Consideré que debía rendirme a su

determinación a pagar, porque comprendí que ese gesto de buena voluntad era casi sagrado para ella.

Pedimos dos zumos, el mío de naranja y el suyo de piña, y entre frecuentes visitas a los lavabos, conversación intrascendente, y algún que otro chiste y risas, deglutimos tiempo.

En un momento dado yo hice diminutas pelotitas de papel y usaba la pajita que incorpora el vaso de zumo como cerbatana, con su rostro como diana. “Eres un marrano”, se tronchaba de risa. “Las bolitas están impregnadas de tu saliva. Me has manchado aquí, ¿ves?”, se señalaba sobre la ceja derecha, en la frente, cubierta de una deliciosa pátina de mador. “Está pegajoso. ¡Qué asco!”, se quejaba, mientras yo, implacable, continuaba con mi bombardeo, henchido de orgullo por hacerla disfrutar, gozando su goce.

Se puede decir que arreglamos con solvencia gran parte de lo que yo había estropeado con mi pomposo soliloquio.

Nos dieron las tantas y, al marchar, la acompañé a su parada de autobuses nocturnos. Cuando llegó el momento, nos despedimos con cierto sentimiento de comunión; una particular fraternidad unía nuestras emociones y sentidos, y nos hicimos promesas de que el destino no borraría el primer paso que habíamos dado, que los posteriores reencuentros serían tan especiales o mejores de lo que

nos había deparado la primera vez en la que de verdad surgió una relación que pensábamos enclaustrar en el tiempo, en el recuerdo, hasta el polvo emergente de luz que significaría nuestra definitiva separación, más allá de sendas vidas. (Qué hermosas metáforas nos salieron en esta conversación.)

Se marchó, mientras nos saludábamos con los brazos a través de la cristalera del vehículo, cuyo bronco y mecánico sonido se perdió entre las luciérnagas inventadas de la noche. Y entonces yo me dirigí no muy lejos de allí a realizar mi correspondiente espera para también, como ella, regresar a casa.

Capítulo cuarto

Después de unos cuatro meses y medio sucedieron muchas cosas. En una madrugada, justo pasada la canícula, escuchábamos desde la cama, desnudos y abrazados tras hacer el amor, en la habitación de matrimonio del pequeño chalé que los padres de Sara le compraron para que viviéramos como pareja ya estable, la tormenta cuyos relámpagos ofrecían, penetrando por la ventana, fulgurantes amaneceres que al instante se derretían, y el estrépito abrupto de los consiguientes truenos que se replegaban rodando entre su propia densidad, además de la constante disipación de melancolía que parecía ofrecer una lluvia persistente que se arracimaba en las cavernas de la nostalgia.

Los primeros días de incursión en el universo de la sobriedad permanente me resultaron más difíciles de superar de lo esperado. En los días sucesivos a nuestra primera cita no tuve problemas, porque en el trabajo apenas bebía un vasito de vino a la hora del almuerzo, que sustituí por gaseosa. Lo complicado fue el fin de semana siguiente, periodo en el que yo estaba acostumbrado a intoxicarme hasta

que el cuerpo, por obra y gracia de la sabiduría de la naturaleza, me decía “basta”.

Mi primera gran sorpresa se dio cuando ella contactó conmigo el miércoles posterior a nuestra primera salida, para comunicarme que sus padres deseaban conocerme y me invitaban a cenar el sábado siguiente. ¡Dios! Siempre me he considerado tímido e introvertido, pero hasta ese momento, en el que me vería inmerso en un mundo aburguesado y refinado –suponía yo de antemano que sería así-, no me percaté de verdad de mi potentísimo complejo de inferioridad. El tópico del elefante en la cacharrería me acechaba insidioso e inevitable.

Tuve arrestos (“cojones”, se dice en mi ambiente) para asegurarle que me encantaría compartir una velada con ellos, que, prometí, sería magnífica e inolvidable.

Me presenté con mi mejor traje (tenía éste unos diez años de antigüedad, y lo había comprado para acudir a la boda de un amigo cuya fisonomía y manera de ser ya casi había olvidado) y a la hora prevista en una enorme casa adosada de un elegante barrio residencial de la ciudad.

Abrí la cancela sin que ésta me opusiera resistencia, lo cual era síntoma de que me estaban esperando, y me interné en un patio de medianas dimensiones, adornado con cuidados y pequeños parterres, por supuesto de césped, que

tapizaban una serie de plantas como caléndulas, rosales, hibiscos, menta, lirios y otras que no reconocí, colocadas todas ellas de un modo estratégico y armonioso, impecablemente mimadas, y que parecían guarnecer unas, por entonces, esplendorosas buganvillas que trepaban por los muros que separaban el terreno de las viviendas adyacentes. Con dedo no muy firme apreté el pulsador del timbre y escuché procedente del interior de la casa un melódico campanilleo. Abrió la puerta una señorita vestida de sirvienta que me preguntó mi nombre. Sin dudarle, me dejó pasar en cuanto le respondí, y entonces penetré en el immaculado sueño de una persona sin cargas de conciencia. ¡Santo Dios! ¡Qué lujo, qué exquisitez! Un remolino incandescente de podenco imantaba mi cuerpo para acabar agujereándolo con lanzas que ensangrentaban mi sentimiento de casta inferior: somos animales sociales, jerárquicos, y yo no puedo, como nadie, escapar de ese influjo. Mi acompañante me miró de reojo, con un atisbo de sonrisa amable externa y una burlesca y cruel carcajada interna, al percibir mi ligero respingo de asombro, y en silencio me señaló tres siluetas que aguardaban algo o a alguien –a mí, claro-, y se marchó de mi lado.

Resultó que los padres de Sara no eran extraterrestres, vampiros o algo parecido, sino unos señores de mediana edad, tirando a avanzada, y, en principio, muy corteses y agradables. Después de los saludos y las presentaciones supe que

sus nombres eran Marcelo y Emilia. Sara me informó de que él ejercía de juez instructor, y ella era directiva de una multinacional gracias a su doctorado en empresariales –y sus influencias y nepotismos, pensé-. Yo balbuceé con un hilillo de voz que casi se partía por paupérrimo, que era muy buen peón, y que mi albañil me apreciaba mucho por mi gran interés y dedicación en el trabajo. Comprendieron mi esfuerzo por crear lo que se denomina “ambiente” y se rieron sin aparente menosprecio.

-No te sientas cohibido, muchacho. –El señor Marcelo sujetó con familiaridad uno de mis hombros y me condujo a la mesa, cuya mantelería y cubiertos ya estaban colocados. Me indicó con un leve gesto el lugar que debía ocupar, junto a Sara-. Mi hija me ha dicho –continuó, a la vez que la chica que me recibió servía sopa de marisco como primer plato y comenzábamos a comer con una irritante, para mi gusto, parsimonia- que no careces de buen nivel cultural, pese a tu trabajo y estudios. Te estamos muy agradecidos por lo que hiciste por ella, y todo se puede arreglar respecto al hecho de ascender poco a poco en el escalafón social. –Prosiguió su cháchara informándome, a grandes rasgos, de sus asuntos pecuniarios.

Resultaba que aparte de un negocio a gran escala de artículos informáticos que regentaba su hijo mayor, ya emancipado, también poseían muchos intereses

dispersos en el ramo de la hostelería, y que un banco de mediana envergadura, no especificó cuál, era casi de su completa propiedad. Además tenían inmensos capitales invertidos en compañías bursátiles punteras. Yo casi me mareaba al escuchar estas cosas: ¿dónde me he metido?, se preguntaba mi mente, algo horrorizada-.

-Si tienes tesón y voluntad –volvió al punto de partida tras su digresión- se te hará, cuando lo desees, un hueco como jefe de compras en la empresa que mi hijo tiene a su cargo. Sólo has de familiarizarte con los nombres y características de los productos, y acoplarte a la rutina de trabajo. ¿Qué te parece, muchacho?

Analicé la oferta, la oportunidad que se me presentaba, y lo eché todo a perder ante la mal disimulada cara de decepción de esos señores.

-Yo..., yo se lo agradezco mucho, pero tengo miedo de no hallarme a la debida altura para desempeñar semejante función. No se lo tome a mal, sólo sucede que ya estoy acostumbrado a mi, seamos realistas, lugar en el mundo, y a la faena que realizo.

-Júnior es muy modesto –intervino Sara, consciente de que me encontraba en un apuro-. Creo que si hacemos que frecuente nuestro trato, dejará a la larga de sentirse abrumado... Es que, ¡ostras!, papá, realizar semejante ostentación de tus

posesiones ante un peón de obra... es, es para que se suma el pobre en una depresión crónica.

Sentí cierto alivio y también agradecimiento hacia ella, y ante todo, admiración por demostrar una capacidad de empatía poco común, pues en realidad éramos casi unos desconocidos: tres veces nos habíamos tratado hasta ese momento. Y me surgió, recurrente, la pregunta que, desde que borbotó por los poros de mi subconsciente, quedó estancada en una suerte de marisma de insidia contra mí mismo: ¿qué esperaba ella por mi parte? La tenaza de lo inverosímil me inmovilizó, como cuando tergiversé su comentario para que se mantuviera el asunto petrificado, estático, respecto al episodio del leopardo, ya que ella nunca me dijo eso ni yo respondí de aquella manera (se habían mencionado otras cosas en aquel instante, en la habitación del hospital, cosas que es mejor dejar como han quedado).

Los fragmentos esparcidos de lo percibido entre estas personas provocaron que un factor de incertidumbre se dilatase en mi ser, opacado, en tanto que, paradójicamente, al mismo tiempo me parecía escuchar simétricas y bellísimas modulaciones de marihuana en las calientes y fluctuantes dunas con espuma sólida, esmeraldina, que rompían en los acantilados dioríticos del sinfónico mar de Lasgo. Todo eso me mantuvo en una poderosa sensación de vértigo, al meditar

sobre los acontecimientos que vivía y que iba a vivir; casi de modo omnisciente, supe que tenía que estar preparado para el crujido, crujido que mi ya por entonces acuciante síndrome de abstinencia comenzaba a perforar hasta el absurdo. También comprendí, ante el desarraigo de la desesperación, que aquella sensación que parecía oscilar casi más allá de la psicodelia y del delirio cuasisinestésico entre encéfalo y estómago, y que duró escasísimos segundos, era el aviso, lo ya visto, de lo que se encaminaba hacia lo que indefectiblemente se sumiría en nuestras raíces psicológicas para desembocar a modo de delta (con numerosas ramificaciones, quiero decir) en un estéril desierto de desamparo.

-No era ésa mi intención –respondió su padre, cuya buena educación hacía casi lo imposible por contener los chispazos eléctricos de ira que desprendían sus pupilas ante lo que consideraba que era una reprimenda, delante de un extraño además, por parte de su hija-. Está bien. Dejemos el asunto en punto muerto.

Cogió una servilleta y se limpió alrededor de los labios mientras volvía la cabeza para contemplar cómo la joven criada retiraba los platos hondos usados.

Regresó ésta en seguida con una gran bandeja y depositó en la vajilla de porcelana plana que había quedado al descubierto una buena cantidad de filetes de carne empanada que me parecieron, al probarlos, escalopes de ternera de

suprema calidad. Por lo menos así los percibió mi paladar, poco acostumbrado a exigencias culinarias.

La conversación derivó hacia una cotidiana fluidez: me enteré de que Sara había convalecido en un hospital de la Seguridad Social, no porque no tuvieran a su abasto una mutua (elemento básico y normal en gente de su rango), sino debido a que el Estado dispone de mayores medios, sobre todo tecnológicos, en cuestiones sanitarias. En cuanto al servicio personal, sus padres influyeron para que estuviese bien atendida, en un espacio para ella sola. También se comentó que a mediados de la semana entrante le quitarían el yeso y que recibirían, por el siniestro, la indemnización de la aseguradora. El señor Marcelo prometió regalarle un todoterreno de última generación. “Pero eso sí; conduce con mucho cuidado”, dijo su madre, evidenciando su inquietud por lo ocurrido. Sara, animada, propuso: “Como tengo complemento masculino, podría reencontrarme con mi amiga Estela”. Yo le contesté: “¿Es necesario que tengas a un hombre a tu lado?” “Para mí sí –dijo-. No me gusta aguantar candelabros.” “¿Candelabros...?”, repitió desconcertada su madre. “Hacer de vela, me refiero. ¡Caramba, mamá!, sabes que a veces exagero un poco. La cuestión es que ya ha pasado casi un año desde que nos vimos por última vez, que fue poco antes de que se marchara a vivir con su novio como pareja de hecho.” “Bien; si así lo

quieres... Cada cual tiene sus manías”, agregué yo, vencido. Noté la alegría fingida de sus padres. Esto me dio a entender, desde una apreciación subjetiva y sujeta al momento, que yo no les había caído muy bien, y que comenzaban a considerar la insistencia de su hija en mantener una relación conmigo como una desgracia de familia; o quizá rezaran por dentro para que todo esto no fuera más que un capricho pasajero de la niña.

Esa percepción negativa que tuve no me impidió pensar en cómo era posible que una muchacha universitaria, deliciosa, rica y tan hermosa hubiera limitado tanto su trato social, cuando podía incluso permitirse el lujo de comprar seres humanos para utilizarlos como simple compañía. Además, me parecía inconcebible que no tuviera pretendientes, jóvenes de su nivel económico. Me negué, con un fuerte esfuerzo de voluntad, a internarme más profundamente en lo que se me antojaba un laberinto, e intenté enquistarme en la tertulia, cosa que no me resultó demasiado fácil, aunque acabé por conseguirlo.

De postre pidieron los tres tarta de manzana, que les encantaba, y yo me decanté por flan con nata. Ingerimos en silencio, y llegó la hora de lo que yo siempre he denominado como “el rato del purito”: el instante del café y de los licores. Me sorprendí cuando me dijeron que no tomaban cafeína (menos mal que no eran vegetarianos), y su costumbre se circunscribía a tomar tisanas al final de

cada comida. Asimilé a la perfección lo que consideré como manías y pedí una tila: me sentía algo inquieto y ese brebaje me tranquilizaría un poco. Las mujeres estaban enamoradas de la alcaravea, y el padre sublimaba las potencialidades del eneldo. Fuimos servidos y, entre sorbo y sorbo, los ojos atentos sobre el borde de la taza cuando la tenía en la boca, me percaté de que para ellos esta acción casi era más un ritual que una costumbre.

Acabamos la cena e hicimos perdurar la conversación hacia banalidades que disiparon el sentido de estar reunidos. Y el momento llegó:

-Emilia y yo siempre nos acostamos relativamente temprano –finiquitó el encuentro el señor Marcelo-. Soy consciente de vuestra juventud, y querréis, como se dice ahora, ir de marcha. Te dejaré esto, Sara. –Enseñó un bonito y tintineante llavero-. Sé que ya puedes conducir, que el brazo apenas te molesta.

-¿Me prestas tu berlina? –Sara se levantó sonriente y le dio a su padre un beso en la frente-. ¡Eres un sol!

-¡Venga, venga! Marchaos antes de que me arrepienta.

No nos hicimos de rogar, no sin antes darles las gracias por todo y realizar los cumplidos pertinentes por mi parte. Como es natural, ellos dijeron que había sido un placer conocerme.

Sara me llevó a un puerto marítimo deportivo y de recreo, en el que había agrupados muchos locales de esparcimiento nocturno. “Primero te enseñaré una cosa”, dijo. Estacionó y me hizo acompañarla por un bulevar desierto, casi fantasmal. Caminamos un rato, cogidos de la mano, y fuimos a parar a una pequeña plaza cuadrangular, en cuyo centro había un jardincito oval presidido por una fuente de adorno de la que fluían unos tranquilos, algo gorgoteantes, chorros que llenaban su estanque, del que emergía, de su pedestal, una estatua negra con dos formas humanas de ambos sexos, a tamaño natural y muy juntas, cogidas también de la mano. Parecían observarnos.

-Fíjate –señaló el índice de Sara-. ¿Quién sería el ignorado genio que esculpió de manera tan perfecta el mármol blanco?

-¿Mármol blanco?... Si son oscuros; quizá de obsidiana.

-Son blancos –remachó-. Puede que el tiempo, la dejadez, la escasa luz y la distancia que nos separa de ellos te hagan tener esa sensación.

Podría ser así, pero yo a esos individuos inanimados los veía negros.

Un escalofrío irracional me recorrió por todo el cuerpo. De repente sentí miedo, y a punto estuve de soltar la mano de Sara y echar a correr.

-Vayámonos.

-Como quieras. *La Retama* nos espera –dijo, aludiendo al nombre de nuestro destino de aquella noche.

De regreso al coche me preguntaba si no había querido, con este gesto de mostrarme las estatuas, insinuarme algo respecto a nosotros: la coincidencia de que los amantes estuvieran unidos por las manos se parecía demasiado a lo que habíamos representado en nuestro trayecto para encontrarnos con ellos –y a la postre, fuese o no correcto mi razonamiento, nuestra unión íntima se hizo realidad-. Se encogió mi vientre cuando percibí la enorme resonancia que producían nuestros pasos en el vacío entorno del silencio.

Me alivió mucho vislumbrar en la lejanía las luces y el verde haz del rayo láser que se perdía en el firmamento, anunciando el jolgorio que nos aguardaba.

Entramos en un abarrotado pub cuyo diyái gustaba de hacer mezclas con potente música maquinera. Nos atrincheramos en una mesa que acababan de desocupar y pedimos los consabidos zumos mientras mi ansiedad por lo etílico me abofeteaba –hay que joderse, pensé-, para que me apercibiera de que era en verdad alcohólico y no “casi”, como había descrito con anterioridad.

Teníamos que alzar la voz para poder escucharnos. Sara me preguntó qué impresión me habían dado sus padres; yo le respondí que en principio me caían bien, pero que acababa de conocerlos y sería necesario tratarlos con cierta

frecuencia para dar una opinión más formada y, en consecuencia, sincera. Resulté muy diplomático y convincente, porque en realidad la sensación que había tenido consistía en algo así como que sus padres y yo parecíamos dos imanes a los que se les confrontan los lados de la misma polaridad, y se rechazan.

Transcurrido un lapso aproximado de una hora, Sara se levantó y me pidió innecesarias disculpas porque necesitaba ir al servicio. Le dije que, por favor, no se entretuviera mucho, que yo también estaba con ciertas urgencias. (Al marchar ella, yo debía quedarme para guardar la mesa, pues si quedaba desocupada, seguro que cuando regresáramos nos la encontraríamos con otras personas sentadas a ella.)

-Procuraré no tardar. Depende de la cola que haya. –Y se fue.

Me arrellané en el respaldo y contemplé el gentío que, cada cual a su manera, parecía pasárselo en grande. (“¡Y los de la barra, dios, y los de la barra...! Están la mayoría ebrios; sus dedos tienen ventosas y no pueden deshacerse de los vasos que sostienen...”) Llegó pronto la que yo, por posesivo instinto masculino, empezaba a considerar como mi chica; y me tocó el turno para aliviar la vejiga. Nada más traspasar el umbral, a mi izquierda, tres muchachos recién salidos de su adolescencia, utilizando la repisa del lavabo, se repartían una coca de narices. Dirigí mis pasos a los urinarios de pared, que estaban todos ocupados, y, llegado

mi turno, pude mear a gusto. Salí, como para entrar, dando pequeños empujones y maniobrando de grácil modo, esquivando al apelotonado personal. Alcancé mi meta entre suspiros y transpirando sudor.

-¿Te acabas eso? –señaló Sara con su índice mi copa, que tenía de líquido algo así como tres cuartas partes de su capacidad. Era mucha cantidad, pero apenas había bebido de ella porque estaba bastante harto de zumitos-. Lo digo para que, si quieres, nos marchemos a otro local, donde haya un ambiente más tranquilo. Esto es sofocante. –O me leyó el pensamiento o sintió piedad de mí cuando vio los goterones que resbalaban por mis sienes.

Lo bebí todo de un largo trago y le dije que a qué esperábamos para irnos.

-Antes ven conmigo, que te presentaré a unos conocidos de la universidad que se acercaron a saludarme mientras tú no estabas.

Recorrimos un corto trecho de siglos, cuando divisé a una pareja de ambos sexos, muy jóvenes, que se encontraban sentados a la barra tomando algo. Nos detuvimos junto a ellos y Sara nos presentó. Hablaron un rato sobre cosas que se circunscribían al lugar y a las gentes de donde se conocían, y yo permanecía callado, algo apartado de ellos, sin enterarme apenas, bien porque el tema me resultaba ajeno, bien por el muro de sonido del entorno. Y al cabo de poco tiempo me sucedió... ¡Hostiaaaaá... Beso del ósculo..., sculo..., culo..., culo...,

cuuulo...! De repente me encontré en un aprieto de verdad; pero de verdad... ¡Un retortijón! ¡Cómo pugnaba por salir la mierda! ¡Qué dolor de tripas! Y yo luchaba, apretaba angustiado... el ojete. Les dije, sin apenas expeler aire por la boca, que ahora volvería. “No lo he entendido.” “Se va.” “Me pareció oír que en seguida vendrá.” Con los carrillos de las nalgas contraídos y a pasitos controlados y rígidos, logré alcanzar mi objetivo, con la suerte de encontrar un retrete vacío. Me bajé los pantalones y calzoncillos a todo correr, antes de cagarme encima de ellos; y sin llegar a sentarme aún, un “sifonazo” completamente líquido, que seguro que estucaba de marrón hasta la cisterna y las paredes, inauguró un recital, en el cual llegué a creer que incluso mi tronco, cabeza y brazos se desharían y, como si de un remolino se tratase, cuyo centro de acción fuese el ano, me abocaría a las profundidades de las cloacas; se desprenderían por último los genitales, se desgarraría el perineo y caerían mis piernas a sus lados correspondientes de la taza del váter..., y se moverían espasmódicamente como los rabos amputados de las lagartijas, advirtiéndome que allí hubo alguien. Pero la tempestad intestinal remitió y ocurrió algo muy curioso: empecé a verlo todo en tonos rojizos de gelatina para al instante notar que mi visión se trastocaba en negativo, como una fotografía de colores invertidos. Esta sensación también se me pasó y comenzó una cellisca de diminutos copos de nieve óptica: el primero

que cayó sobre mi piel, en el dorso de una mano, era hirviente y helador a la vez. Se descompuso, extendiéndose, y me percaté de que era un sueño de cola de pavo real, que se enquistaba y me insuflaba algo maravilloso: amaneceres ensangrentados por el rosicler que abrazaba a un enorme nimbo por la pleitesía de un sol de verano. Empezaron a caer más copos, muchos más, y se arracimaban en mí, bellos y aturdidores. Esto dio paso a la conversión de mi cuerpo en un crisol de sueños, cada uno diferente del resto, y entre todos bailaban en una hecatombe como de sanguijuelas que absorbían cada cual por su parte y se mezclaban hasta formar, pese –y debido- a su hermosa variedad, una patética y pegajosa pesadilla que me desencajaba y oscurecía. Intenté levantarme y no pude. Aterrorizado, miré a un lado: los inmóviles amantes de la plaza al final del bulevar estaban allí, mirándome con ojos ciegos pero burlones y terribles; negras sus figuras aunque volviéndose claras de modo paulatino. Miré hacia el lado contrario para que la visión desapareciera..., y allí estaba Sara, Sara blanca, Sara mulata, Sara negra. Cogió mi mano y agaché la cabeza al sentir el contacto: mi piel, acaparada por los sueños que había en mí, exógenos, mezclándose para formar pesadillas –un horrible universo de locos reducido a la unidad: yo-, era tan negra como la suya. Me giré otra vez y estupefacto observé el impoluto blanco de los amantes; sí..., blanco marmóreo..., diáfano. Gritando de angustia sin que nadie

me oyera, arranqué de un tirón el cepo de Sara sobre mi mano, y vi cómo ella me sonreía y sus dientes se caían hasta formar su boca un espantoso boquete de succión, arrugado. Y ella era vieja como milenios; su nariz se agrandaba y los iris eran dos puntos un poco más grandes que la cabeza de un alfiler: ascuas que resplandecían y daban calor y color al infierno; la piel se le reseca y adhería a los pómulos, hasta recomponerse toda ella formando el rostro de un hombre que me recordaba vagamente a alguien que, tiempo atrás, me hizo mucho daño. Todo se diluyó de repente para quedar flotando en una neblina blancuzca. Sentí que algo tiraba de mis hombros, mis brazos, mis pies...; eran cables muy finos de acero trenzado. Los seguí con la vista hacia arriba, hacia arriba..., y mi mente dio un vuelco al distinguir un furtivo rostro que se me asemejaba. El despiadado titerero trocó las cuerdas metálicas para aplastarme cincelando palabras. Un silbido asmático y agónico cimbrió mis tímpanos con inusitada tristeza. Zambulléndome en el cisma de lo horrendo, mi corazón latía acelerado casi hasta el infarto; y todo se desmoronó para dar paso a una visión celestial: se trataba de un gato blanco vetado de marrón claro por los costados de su cuerpo y por su rostro, y también oscurecido por el mismo tono en el lomo. Una aureola semejante a miel violeta lo rodeaba, tan bonita como sus enormes y divinos ojos

azules. El animal parecía sonreír y decirme: “No te preocupes. Siempre estamos; y nos encontraremos”.

Tranquilizado, sintiéndome flotar entre burbujas arcádicas, todo volvió a la normalidad. Me limpié el trasero y, un poco pálido y debilitado, volví al encuentro con Sara.

Estaba esperándome en el mismo lugar donde la dejé; sus conocidos habían desaparecido. Me miró extrañada al ver mi aspecto de aturdimiento y fatiga.

-¿Qué te ha pasado? –interrogó-. Has tardado casi media hora.

-No lo sé. Vamos afuera; que nos dé el aire. –Como se pagaba en el momento de servir, salimos tranquilamente y, en lo que se tarda en parpadear, por arte de magia, una pregunta escarbó entre mis neuronas para surgir con ciertos rasgos de intuición colosal.

-Cuando fui al servicio después de ti, ¿tú en algún instante perdiste de vista nuestras copas?

-No lo sé... ¡Sí...! Mientras me saludaban estos amiguetes de la universidad; se encontraban casi a mis espaldas, y tenía que mantenerme girada para darles la cara. ¿Por qué me preguntas esto?

-Pienso que han echado algo en mi bebida, puede que un tripi. He sufrido unas alucinaciones espantosas.

-¡Vaya por Dios! ¿De veras crees que te han hecho eso?

-¿Qué otra cosa ha podido ser? Que yo sepa, todavía no estoy loco.

Comentando el asunto y pasando arbitrariamente a otros temas, estuvimos el resto de la madrugada en un lugar más tranquilo. Cuando empezó a amanecer me sentía por completo recuperado de lo que me había sucedido. Le pregunté a mi niña si le apetecía dar un paseo por la playa que teníamos al lado. Aceptó y nos fuimos. Antes de pisar la arena nos descalzamos y nos quitamos los calcetines (ella usaba medias con caña corta, de calcetín), que introducimos en los zapatos. Con estos utensilios en una mano, y cogidos de la otra, caminamos allí donde las perezosas olas se descarriaban para lamernos los pies, emitiendo un susurro suave y profundo a la vez, dulce y evocador como una nana. Sólo había una nubecilla en el cielo, a la cual el sol emergente, que parecía una yema de huevo incandescente que hiciera hervir el mar, allá en el profundo horizonte, le otorgaba un tullido arrebol que la mostraba casi como avergonzada, cual niña púber a la que un viejo verde piropea. Nos perdimos sobre la punta de una rama en flor de un *pisardii* pintado de éter boreal. Y para acabar, Sara me dejó cerca de casa y ella se marchó a la suya.

Sólo tardó dos días en volver a llamarme. Era lunes y yo acababa de llegar del trabajo. Descolgué el teléfono y escuché su voz; estaba muy nerviosa y algo

asustada, casi sollozante. La tranquilicé un poco para que se pudiera desahogar. El problema estribaba en que había discutido con sus padres por mi culpa (si es que yo podía sentirme culpable de haber hecho algo). Según explicó, le comentaron que no le convenía mi compañía, que yo era un individuo conformista, sin ambiciones, y, además, ya le habían encontrado un posible pretendiente: un joven muy distinguido que frecuentaba el club hípico al que su padre estaba asociado.

-Es de aquí, pero de origen extranjero. Se apellida Sorel –farfulló.

-¡¿Sorel?!... ¿Cuál es su nombre?

-Julián.

-No te preocupes. De momento a nadie tienen para ti.

-¿Cómo estás tan seguro?

Eludí su pregunta haciendo otra.

-¿A alguien de tu familia le gusta leer?

-Pues... sí; a mi madre le encanta, tanto o más que a ti.

-No lo comentó en la cena.

-Ante los desconocidos es muy reservada. La cuestión es que me siento intranquila, y necesito estar contigo. ¿Quieres que vaya ahora a ver tu piso?

Miré espantado a mi alrededor: estaba todo sucio y desordenado. Y yo sin haberme duchado todavía, con la ropa de trabajo, agotado, sin haber cenado...

-Es... mejor que nos veamos el fin de semana. Hoy ha sido un día de perros, terrible, sirviendo yo solo a tres albañiles... Tengo todo esto patas arriba y aprovecharé el viernes por la tarde y el sábado por la mañana para acondicionarlo. De verdad que lo siento, Sara, pero me da vergüenza que lo veas ahora.

>>Si durante estos días te sientes mal, ya sabes: un telefonazo alrededor de esta hora, y te consuelo. Pero lo de venir hoy, te suplico, por favor, que tengas paciencia y esperes un poco. No quiero que pienses que soy un puerco. De verdad, por favor, intenta comprenderme...

-Vale, vale, ya está. Me encuentro mejor nada más que por el hecho de haber conversado contigo. –En sus siguientes palabras bajó el volumen de voz. Me pareció (tuve la sensación) que susurró promesas de sueños voladores:- Comprobaré lo que me has dicho respecto a lo del noviete. Si me han mentido, obtendremos una dulce venganza. Al fin y al cabo, es lo que estaba dispuesta a hacer en este proyecto fallido de visita, creyendo que me decían la verdad –sus últimas frases me resultaron casi inaudibles, por lo tanto, es posible que me esté dejando llevar por la imaginación-. Un beso.

-Gracias por tu paciencia. Llámame cuando lo consideres necesario. Adiós.

El viernes hablamos y quedamos para el día siguiente, hacia la hora del crepúsculo vespertino más o menos, en un bar de mi barrio. Comentó, insegura, que sentía miedo de no encontrarlo. La tranquilicé porque el nombre del sitio no se olvidaba con facilidad, y además le indiqué que estaba situado apenas a treinta metros de donde ella me dejó la mañana del domingo anterior. Resultaba imposible perderse.

El momento llegó y casi me quedé sin respiración cuando la vi: estaba bellísima, ya sin escayola, y la expresión de su cara parecía prometerme alcanzar todas las constelaciones conocidas y las aún desconocidas de manera instantánea. Yo estaba sentado en un taburete junto a la barra, tomando una horchata. Cuando la tuve a mi lado, ni me dio tiempo a decirle que pidiera algo; agarró mi nuca y me besó en los labios. “Enséñame tu casa”, murmuró. La gente miraba perpleja y callada hasta que salimos a la calle; entonces comenzó una algarabía entre la cual pude captar algunas frases como: “¿Has visto eso?” Otra voz: “Esa tía va al grano”. Otra voz: “¡El muy cabrón se lo va a pasar bomba!...” (La enorme decisión de Sara por “ver” mi pisito me confirmó que el lunes no la había entendido mal.)

Abrí la puerta y el chirrido que emitió me recordó que tenía que haber engrasado las bisagras; pero ya era tarde para semejantes detallismos. Me hice a un lado y la invité a pasar delante de mí. Su mirada escrutaba sólo con curiosidad y sin un ápice de sentido crítico. Todo estaba limpio y bien ordenado (cosa normal, con la paliza que me había dado en los momentos previos al encuentro), y le enseñé las estancias de lo que por su tamaño se podría considerar, antes que un piso, un apartamento.

Y a mi habitación le tocó el turno de ser mostrada. Entró decidida y comentó: “Así que aquí es donde duermes... Ven, ven conmigo”. Me acerqué a ella con algo de timidez. Un sonido zumbón de corrimiento seco, con cierto matiz metálico, y una sensación de libertad, como de algo que está apretado y de repente le dejan más espacio, me obligó a mirar hacia mis pies: su mano había abierto mi bragueta, y al instante ella se agachó para escudriñar con mayor comodidad, en el intento de sacar el botón del ojal de los pantalones, para bajármelos. Lo que ocurrió a continuación, que los inciertos recovecos de la imaginación se multipliquen como reflejos en espejos enfrentados, para estipularlo de infinitas maneras. Sólo puedo decir que en un momento determinado, a altas horas de la madrugada, fui a la nevera para beber leche y sentí que las piernas me temblaban.

Pasamos toda la noche juntos, bien calientes y apretaditos porque mi cama era individual. Cuando nos levantamos fuimos a ducharnos. Nos pasamos mutuamente la esponja por la espalda y otros lugares. Tuvimos que volver a lavarnos por motivos que resultan una incógnita. Ya desayunados, me dijo: “Acompáñame. Quiero hablar con mis padres”.

Al ver en la distancia el vehículo le comenté que habían cumplido su promesa. No podía ser otro porque nos dirigíamos hacia él, y era el único que estaba estacionado en paralelo junto a la estrecha acera. Para evitar anfibologías, quiero decir que el todoterreno estaba solo: no había otros coches aparcados en esa zona.

-Sí. –El áspero asentimiento confirmaba mi acierto respecto a si era suyo. Acto seguido continuó-: Acostumbran a llevar a cabo lo que dicen. Pero a veces mienten: tres días seguidos fui al picadero y nadie sabía nada de un tal Sorel. ¿Cómo te diste cuenta de su engaño?

-Intuición. –No quise agravar más el asunto.

A unos treinta metros de nuestro objetivo volvió a comentar algo respecto a la hípica. Pronunció la palabra “caballo” justo cuando pasábamos cerca de un gitano con aspecto resacoso que pedía limosna, sentado en el portal de un edificio ruinoso. Se trataba de un muchacho moreno (casi todos ellos son morenos), y

algo debía tener en contra de los equinos porque sólo escucharla se puso a gritar con frenesí: “¡Pa, tíos, hermanos; *salí*, que los payos estos *man yamao drogadisto!*” Un chorro de gente surgió del agujero donde estaba el chico (todos hombres y con unas pintas...: bigotazos y patillas que casi cubrían por entero unos rostros de cuero quemado, la mayoría cruzados por cicatrices, recuerdos de viejas riñas típicas entre esta etnia). “¿Quién ha *yamao drogadisto* a mi niño?, que lo rajo.” Y el caballero que pronunció estas palabras sacó una navaja impresionante de un bolsillo de su pantalón. Hubo un tumulto momentáneo, a medio camino entre el barullo y la imprecisión producto del desconcierto, en el que el centro de atención era el pedigüeño. Sara y yo caminábamos a pasitos cortos y mirando hacia atrás con curiosidad y cierto recelo. De repente todos los “caretos” se giraron hacia nosotros y le dije a mi chica: “Corre, corre que nos matan”. No sé qué se le pudo poner a ella bajo la barbilla, pero yo tenía la sensación de que mis testículos resultaban una molesta y bamboleante corbata. Nos introdujimos justo a tiempo en el todoterreno, le dio al encendido y salimos disparados, rechinando ruedas, mientras los familiares del más que posible heroinómano paranoide pateaban y apaleaban la carrocería; y a tiempo doblamos una esquina, antes de que nos alcanzara alguna de las piedras, o los ladrillos con

argamasa que optaron por lanzarnos ante su impotencia por no habernos capturado.

Entramos en una carretera, ya más calmados después del incidente, pequeño sólo en apariencia, porque, nunca se sabe, podría incluso habernos costado la vida, pues ésta está plagada de casualidades tan banales y tontas como terribles y espantosas pueden ser a veces sus consecuencias. ¿Cuántas veces, por ejemplo, una persona se ha tirado de cabeza al ir a darse un chapuzón y ha muerto o quedado tetraplégica por romperse las vértebras del cuello, sólo por no haber calculado, o ignorado, la profundidad del agua en el lugar donde se lanzaba? En fin, filosofías respecto a la inanidad y el absurdo y cosas así que a ningún sitio te llevan, es decir, que nihilismos vitales aparte, lo que hizo Sara fue sonreír y comentar:

-Buena gente, la de tu barrio.

-Encima cachondeíto.

-¿Qué quieres, que me eche a llorar?

-Y ahora, cambiando de tema, ¿para qué he de acompañarte a tu casa?

-Voy a comunicar a mis padres que vamos a vivir juntos. A mí no me importa que seas un menestral. –Desvió su mirada un momento hacia mí-: Tú

deseas estar conmigo, ¿verdad? –Su final no fue una pregunta retórica; sentí que en ella habitaba la duda e incluso el temor de que yo rechazara su propuesta.

-Claro; claro que estaremos unidos –respondí, más para consolarla que por seguridad propia en cuáles eran mis objetivos y sentimientos. Cierta asombro y vacilación resultaban como telarañas de incertidumbre adheridas a mi psique... ¿Qué demonios producía en ella mi persona para que se sintiera tan atraída por mí? ¿El morbo de lo diferente y novedoso?... Porque me parecía entender, de manera subjetiva, por supuesto, que no bastaba por sí solo el hecho de haberla rescatado aquella desafortunada noche.

Nos callamos al tomar una circunvalación para entrar en la autopista. Durante los pocos segundos que duró el viraje pude contemplar mi pueblo, que descansaba al comienzo de la falda de una boscosa colina de pizarra. A su izquierda, las montañas blanquiazules del macizo calcáreo que me embelesa – como tiempo más tarde expresará el anónimo y titánico poeta- dominaban desde su altura, infatigables e indiferentes, los compases espaciotemporales de la actividad humana.

Las líneas discontinuas del asfalto eran una uniforme pero borrosa raya clara u oscura, según se hallaran dibujadas o no; las inútiles farolas de la mañana producían un simétrico siseo al rebasarlas, algo parecido a como cuando se hace

girar una cuerda con un peso atado a su extremo. Avanzábamos prestos a ser devorados por la gran ciudad.

El húmedo gracejo de los aspersores nos acompañó hasta la puerta. Sara abrió y dijo: “Entra. Es pasado mediodía y seguro que están de morros, aguardándome en el comedor para darme la gran bronca. Ayer les avisé de que no sabía cuándo regresaría, pero nunca lo he hecho tan tarde. Además, aciertan si piensan que he estado contigo. Y ellos ya me han advertido que no te quieren para mí, en ningún sentido”. Resulta fácil imaginar que sentí un aplomo y una alegría inmensos después de escucharla...

La esperaban sentados en un sofá, en silencio y restregándose las manos, nerviosos. El rayo de luz diluida que se incrustaba en la moqueta del suelo, atravesando los bonitos visillos de encaje que cubrían la gran vidriera de la ventana principal, dejaba claro, por las partículas flotantes de polvo que divagaban perezosas y marchaban a buscar el sueño, atrincherándose fuera del espectro solar, que la limpieza e higiene nunca pueden ser perfectas, y que quizás sean los seres microscópicos como los ácaros y las bacterias –por citar un par de ejemplos-, los auténticos amos y señores del mundo en el que vivimos. Percibí el cambio de actitud –habíamos entrado de manera sigilosa y no nos habían escuchado-, puesto que antes de vernos se encontraban a medio camino entre el

malhumor y el desaliento, y pasaron de repente a suspirar con alivio y regocijo no del todo pleno al reconocer a Sara, pues yo estaba a su lado, y un mohín mal disimulado de rabia y desprecio zigzagueaba por los rasgos de ambos cuando sus miradas, inevitablemente, incidieron sobre mi figura. Se levantaron prestos y abrazaron calculada y patéticamente a su hija, los dos a la vez, en piña de tres. Yo miraba callado y, con sinceridad, no me sentí molesto porque ignoraran a conciencia mi persona (es posible que en su interior hirvieran de impotencia porque percibían que ella los abandonaría a causa de un patán). El caluroso recibimiento acabó y Sara les hizo saber, a su pesar, que yo también existía. Nos saludamos con un silencioso y paupérrimo ofrecimiento de manos y en seguida nos indicaron el tresillo, que estaba presidido por una preciosa mesita de cristal. Querían saber los motivos de su hija para traerme con ella, y no el porqué, que ellos suponían de manera acertada, de haber estado conmigo tanto tiempo, cosa ésta que yo tenía asumida que sería la razón más probable de su curiosidad, pero me equivoqué. Sentí por todo el cuerpo las pulsaciones de mi corazón cuando les expuso que deseábamos vivir juntos. Los rostros del señor Marcelo y su esposa se ensombrecieron de un modo que daba a entender inequívocamente que sabían que jamás podrían hacer cambiar de parecer a su hija. “Los tiempos están cambiando”, farfulló el hombre –tuve que recomponer sus palabras con mi

mente, porque fueron casi ininteligibles-. Y optaron por lo más inteligente: ceder, pero con algunas condiciones: le comprarían un chalé que podría disfrutar a modo de usufructo universal, y le concederían una pensión vitalicia para que viviera con desahogo. No consentirían, bajo ningún concepto, que Sara habitara en una zona obrera, de pésima estofa, según ellos –cuando dijeron esto evitaron mirarme-, porque si así fuese, harían todo lo posible por evitar la relación. Acto seguido comenzaron a desvariar un poco respecto a su rancio abolengo y demás argumentos clasistas típicos de la alta burguesía conservadora. Yo me mantenía al margen, espectador de la escena. Poco antes de levantarnos y dar por acabada la reunión, la madre me miró con una expresión de odio en plena erupción volcánica y auguró a su hija, con desértica sequedad:

-Ya te arrepentirás. –Un estremecimiento de pánico recorrió todo mi cuerpo, aunque no les fue perceptible.

Sólo dos semanas tardamos en irnos a vivir juntos a nuestro nuevo hogar. Como estábamos en una urbanización, en pleno campo, yo, que no tenía carné de conducir y debía mantener mi empleo, me compré un ciclomotor para no molestar a Sara con los desplazamientos a las obras que me correspondieran. Alquilé mi pisito y el dinero que recibía por ello me servía para sufragar la hipoteca. Mi chica dejó de manera transitoria los estudios y se dedicó a buscar

trabajo en inmobiliarias y bufetes de abogados. Insistió en hacerlo así pese a mi opinión en contra: yo argumentaba que con mis ingresos y la pensión que le habían otorgado sus padres ya teníamos suficiente para vivir sin penurias económicas, pero ella –de un modo contradictorio e irracional, pues aceptaba de buen grado el dinero infuso de sus progenitores- argumentaba que no le gustaba depender –lo cual no significaba rechazar- de la caridad de nadie.

Durante aquella agitada y hermosa temporada ocurrieron muchas más cosas, la mayoría banales, que no me da la gana de explicar.

Me sentía insomne. Por la ventana abierta entraba una fresca brisa que era de agradecer. Me levanté y dirigí mis pasos para asomarme al exterior, apoyando los codos en el alféizar. La tormenta remitió, acabó por agotarse y ya sólo se escuchaban los goterones que se desprendían del albañal, de algunos puntos del tejado, de las copas de los árboles y de las ramas de los arbustos más cercanos. Afuera, a mi derecha, se hallaba una planta que comúnmente conocemos como “dama de noche”; al tener cierta tendencia a inclinarse, un rodrigón le otorgaba su solícita ayuda. Aspiré con vehemencia y su fragancia tan singular y especial me infundió una sensación de plenitud tal, que sentí que a los mismísimos conceptos abstractos de infinitud y eternidad se les imponían límites, ante semejante –e irracional- inundación de las pituitarias. El día en que ya habíamos

entrado era festivo; permanecí asomado un rato más y volví a la cama, para aguardar con calma que lo onírico me emparejara con la ya dormida Sara, como poco tiempo atrás había sucedido con el amor carnal... En un momento dado amaneció, antes de mi despertar.

Capítulo quinto

Estábamos a principios del otoño. En ese tiempo, los días empiezan a ser como reflejos de cristal introducidos en una caja de cartón con tintes nocturnos. El frío, joven tahúr, hace trampas en su intercambio de cartas con el calor, y se adueña y nos fuerza a cubrir nuestra piel, para quedar ésta protegida por tejidos que a cada intervalo del faro solar se engrosan y así nos dan refugio en la tibieza. Pero sólo es el pródromo, como dirían los doctores al diagnosticar una enfermedad, y el invierno todavía tiene margen para decidir si será duro o benévolo. La cuestión era que yo, aquella noche de principios de octubre, me quité el gabán que ya había decidido ponerme por entonces, cuando entramos en grupo en la cándida calidez del restaurante. Éramos seis: la pareja que Sara me presentó aquella madrugada en la que me sentí indispuerto en *La Retama*, su famosa amiga Estela y su novio, y nosotros dos, por supuesto. Íbamos a celebrar por todo lo alto el primer cuarto de siglo de vida que aquel día cumplía mi niña, además de la feliz coincidencia de que se iba a incorporar como secretaria en la prestigiosa sociedad de gestiones *Moneinwhite*. Nos sentamos a la mesa que

habíamos reservado, y Sara actuó como maestra de ceremonias con un picador hielo, porque excepto ella, que era el cordón umbilical, el resto de nosotros sentíamos que nada teníamos para decirnos.

-¿Qué? ¿Cuándo tendremos un nene? –Este comentario, digno del mejor Shakespeare, lo dirigió mi chica a Estela.

No hubo respuesta porque al instante llegó un camarero muy encopetado con las cartas del menú. El conjunto que formábamos cuchicheó entre vacilaciones. El primero en decidirse y pedir fue Ernesto (nombre importante, el suyo), el “colega de la cagalera”, quiero decir, el muchacho que conocí justo antes de las agitaciones intestinales en el puerto. Su compañera no se complicó la vida y encargó lo mismo. El resto, en un alarde de originalidad que demostraba nuestro sentido de la independencia y una gran personalidad, solicitamos también lo que había elegido Ernesto.

Se aproximó el sumiller y escanció el vino en copas que colocó con elegancia, y la estrategia de quien denotaba una gran experiencia y maestría, junto al resto de cubiertos para líquidos. Cuando le tocó el turno a Sara, ésta le dijo que era abstemia. El hombre, displicente, se desplazó para servirme. No comenté nada y sentí que me tocaban a la altura del codo, me giré y vi la mirada expectante de mi chica, a la espera de que yo también denegase la ofrenda.

-Venga, mujer, un día es un día. ¿Qué puede pasar porque beba un poquito?
-dije.

-Recuerda tu promesa. No deberías probarlo. -No reprochaba, sólo advertía, temerosa por mí.

-Sara, Júnior tiene razón. No seas tan intransigente. ¿Qué daño le puede hacer un poco de vino? -Estela me defendió sin conocimiento de causa, con inocencia, ignorante de mis antiguas bacanales, como el resto de los compañeros cuando la secundaron: “Tiene razón Estela, no seas tan posesiva”. “Lo que él dice: un día es un día”.

Sara cedió a disgusto, y eso hizo que me sintiera mal..., hasta que llegó la comida y comenzó a distenderse el ambiente entre bocado y trago. Al buen servidor de Baco ya no le dábamos tiempo a colocarse en un margen, a la espera de ser requerido: el pobre no descansó hasta poco antes de decidirnos a marcharnos, que fue después de haber ingerido los cafés y copas de licores y de habernos fumado el pertinente purito, pese a que ninguno de nosotros éramos adictos al tabaco. La única que desentonó en este aspecto fue Sara, que se tomó una tisana y tampoco fumó.

Nos despedimos con alegría, chisposos, prometiéndonos que cosas así deberíamos repetirlas con cierta frecuencia.

Una vez solos, de camino en busca del vehículo, sentí mareos y ardores en el vientre. Tropecé al acomodarme en el asiento del copiloto; Sara no se percató. Nos colocamos los cinturones de seguridad, arrancó y emprendimos el recorrido hacia casa. Me entró hipo durante el trayecto, y el movimiento y las curvas y giros repentinos de cambio de sentido hicieron que, en mi estado, agravado por la falta de costumbre por no haber tomado alcohol en un lapso de muchos meses, me entraran bascas y regurgitase la comida, que, una vez en mi boca, más ensalivada que de costumbre, volvía a deglutirla intentando no producir ruido ni hacer gestos para no alertar a Sara. Aturdido como estaba y de noche que era, durante la marcha en ningún momento pude ubicarme: no hubiera sabido decir dónde nos encontrábamos. Mi chica conducía con serenidad y en silencio. Por fin llegamos a nuestra calle, cubierta de grava, y nos detuvimos. (Disponíamos de terreno suficiente, pero aún no habíamos habilitado un lugar para utilizarlo como aparcamiento, ya fuese cubierto o no. Nuestra intención era construir uno cerrado, adosado al chalé, cuando pudiéramos.) Descendimos; ella pulsó el control remoto del cierre centralizado y entramos en el dulce hogar.

-Voy a hacer gárgaras, a ver si se me va de una puta vez este hipo asqueroso –dije, intentando dirigirme a la cocina de un modo que pareciera natural, sin requiebros repentinos.

Hacía un rato que Sara se había dado cuenta de que yo no estaba muy fino. Permanecía muy seria y no respondió a mi comentario. Hice gorgoritos hasta que la molestia desapareció, y regresé al comedor. Ella estaba sentada en el sofá con el pijama ya puesto.

-Bueno, ¿qué te ha parecido el plan? ¿Piensas que estarás en condiciones de trabajar mañana? –comentó mohína.

Creo que no he mencionado mis dotes naturales de prestancia, saber estar y comportarse, elegancia y muchos otros caracteres positivos que hay en mí, debido a que tiendo siempre a agredirme cuando me refiero, crítico severo, a mi persona.

Olivas, tomate, atún, lechuga; calamares rellenos de huevo, carne y pimientos, entre otras cosas, y líquidos varios, impusieron mi respuesta, estragada y maloliente, biliosa, sobre el terrazo beige, junto a pies forzados en precario equilibrio por unas rodillas y cuerpo doblados y manos apoyadas en la base de los muslos. Una vez incorporado y sintiéndome mejor, limpié con una manga la baba que me colgaba de la barbilla; miré un poco estrábico a Sara y balbuceé:

-Lo..., lo siento, de verdad... No he podido evitarlo.

Refractaria y silenciosa se levantó, acudió a la galería y volvió con un cubo y una fregona en sus manos. Fue la primera vez que la vi enfadada. Su ausencia de

reproches me mortificaba más que si, por el contrario, hubiera lanzado improperios contra mí. Ella limpiaba y sólo se escuchaba el ruido de la escurridera al estrujar el mocho. Yo necesitaba justificarme, que me hablara y poder pedirle perdón. Contradictoriamente, el hecho de que se explayara resultó ser peor porque en ese momento, para perdición nuestra, murmuró algo con ronco y reprobador tono de voz:

-Muy bonito, muy bonito... Estamos arreglados si esto continúa así –más o menos eso entendí, y mi amor propio se indignó.

-Oye, lo que tengas que decir lo dices en voz alta, que yo me entere bien.

-Lo que tenga que decir, lo que tenga que decir... ¿Te parece poco lo que tengo que decir? –farfulló airada.

Me acerqué a ella, la sujeté por los hombros y la obligué a mirarme.

-Tampoco es para tanto. Si tan mal te sabe, lo limpiaré yo. Dame el trasto este. –Alargué la mano para arrebatarse la fregona y ella acabó de deshacerse de mi presa dando un paso atrás.

-¡Acuéstate y déjame en paz!

-¡No me chilles ni me des órdenes!

-¡Tú también lo estás haciendo! ¡Y digo lo que me da la gana, recuerda que estás conviviendo conmigo! ¡Llegamos a un acuerdo y no lo has cumplido!

-¡Acuerdos sin cumplir, acuerdos sin cumplir...! ¡Fue una imposición y tengo derechos, aunque esté en tu casa!

-¡Tú lo has dicho: si estás en un hogar que es mío, no quiero que se vuelvan a repetir cosas como ésta!

La visión se me ensangrentó y mi brazo salió disparado como si tuviera un resorte. La bofetada fue tan brutal que la hice caer al suelo: pesa de plomo agitada y vibrante, en descomposición. Incorporó el tronco para quedar sentada y se acarició con expresión alucinada la mejilla, ahora bermellona, que había recibido el impacto...; y sollozó como una niña, desamparada y desorientada. Yo sentí una fúnebre sensación de poder, dominio y posesión; malignas recurrencias que produjeron en mí algo similar a un sentimiento, una certeza difusa de que ella era un juguete que yo podía romper cuando se me antojara. Y acto seguido me asusté de mí mismo: fue espantoso darme cuenta de que yo en realidad, pese a haberseme disipado de repente el efecto del espirituoso, era el alcohólico y no el hombre que hasta entonces había convivido con Sara. Sí, sentí un terror tremendo al percatarme de que yo era una mala persona.

Sara se levantó en silencio y se dirigió al dormitorio. Yo acabé de limpiar lo que había ensuciado. Busqué mis bolsas y maletas para guardar en ellas mis pertenencias. La miré un instante mientras hurgaba en el armario para recoger mi

ropa; tenía los ojos cerrados y sus lagrimales aún no se habían agotado, humedeciendo la almohada. No supe, o no pude, discernir si se hallaba dormida. Cuando ya estuve preparado, llamé a un taxi y le indiqué la dirección de la pensión donde viví antes de comprar el piso.

Pese a ser laborable, al día siguiente falté, por primera vez en mucho tiempo, y como noria que se puso en marcha, pues esto ya se convirtió casi en una costumbre, a mi cita con el trabajo.

Aproximadamente un par de semanas después de nuestra separación, llamaron a mi puerta; extrañado, abrí y Sara se configuró ante mis ojos. Mi cerebro divagaba entre pegajosos algodones de azúcar, atormentado por el exceso de ingestión de cubalibres en la noche anterior; tenía una ínfima barba de dos días y mi cuerpo olía a rancio debido a la escasa higiene personal. Pese a este pequeño apuro fui amable y la invité a pasar.

-Vaya, qué sorpresa. ¿Cómo me has encontrado? O mejor debería decir: ¿qué deseas de mí?

-Preguntando, como es natural. Supuse bien que habías vuelto a tu pueblo. No, no te molestes. –El pequeño ruego imperativo se debía a que yo me movía por el cuarto recogiendo todo tipo de trastos que había por medio, en perfecto desorden. A su requerimiento, permanecí quieto-. En cuanto a por qué he

venido... Bien... No sé cómo empezar... Sucede que, sin conocer los motivos exactos, supongo que son cosas del corazón, la cuestión es que todavía te amo; y quisiera reiniciar mi relación contigo. Quiero decir que te perdono lo que hiciste.

-Me parece estupendo. Sólo sucede que yo no puedo perdonarme. Además, estás hablando con un hombre acabado, abocado a autodestruirse, y, lo que es peor, destrozaría todo aquello que se interpusiera entre yo y mi destino ciego.

>>>Por cierto, ¿cómo te va con el empleo aquel?

-Nunca lo comencé, después de aquello. Comprende que me sentía herida, y regresé con mis padres, reanudando mis estudios.

>>>Lo que te quiero decir, que para eso he venido, para buscar una reconciliación, es que si tienes problemas con el alcohol, puedo hacer que te traten los mejores especialistas que tengamos por aquí. Se trata de una recaída; recuerda que estuviste mucho tiempo sin beber. Puedes intentarlo otra vez.

-Tú lo has dicho: podría. Pero no quiero.

-¿Por qué...? –casi gritó, con angustia, los ojos humedecidos-. Yo te quiero.

-Por favor, deja de humillarte... Al auténtico Júnior no lo puede amar nadie. Yo no soy el hombre que te salvó de un accidente y pasó unas agradables veladas contigo hasta que por fin llegamos a convivir tan idílicamente; yo soy el

perturbado borracho de mierda que te tumbó en el suelo con un golpe y te hizo llorar... Es mejor que te marches y no vuelvas a verme más.

-Pero...

-¡Fuera! ¡Te lo suplico! ¡Fuera! –Abrí con una furia inusitada y la impelí a salir.

-¿Ni siquiera quieres la moto? Es tuya –musitó, a la vez que se marchaba.

La referencia al ciclomotor me hizo pensar en que estaba agotando su último cartucho para proseguir la conversación.

-Te la puedes quedar como recuerdo. Ya no la necesito.

Nuestros senderos se bifurcaron para siempre cuando comenzó a descender por las escaleras restregándose con las manos los párpados anegados en lágrimas, entre jadeos y suspiros que la obligaron a sacar un pañuelo. Yo cerré la puerta y, también llorando a lágrima viva, me tendí en posición fetal en la descompuesta cama y cubrí mi cabeza con la almohada para amortiguar el sonido, entre espasmos, de mis degluciones de saliva y mucosidades.

Volví a frecuentar la compañía de Sac. La recaída en el alcoholismo fue absoluta: raro era el día en que no acababa embriagado. Se produjo lo que me temí: fui despedido. Y aún tuve suerte de que la empresa se apiadara de mí y lo hiciera de manera amistosa, por lo que pude cobrar el subsidio de desempleo

durante el periodo que me correspondía, además de recibir el pertinente finiquito, bastante elevado porque ya hacía tiempo que estaba con ellos, y que me sirvió para cancelar la hipoteca. Decidí, con lo que percibía por el alquiler del piso, permanecer a media pensión en semejante sitio, pues con lo que me pagaban sólo podía cubrir esa tarifa –el dinero del paro lo fundía en juergas-, pero techo y una comida diaria no me faltarían mientras los inquilinos no fallasen, cosa que por suerte no sucedió. Ya no leía. Sólo me entretenía, durante los intervalos de resaca, mirando un pequeño televisor que tenía instalado en mi cuarto. Toda la basura que emitían me la tragaba sin más, sin pensar, ya casi alienado y sumido en un universo proyectado hacia un futuro que vislumbraba de un modo muy inquietante y deprimente. No era para menos, cuando lo que hacía era dejarme arrastrar por la desidia, tanto, que incluso me costaba en gran manera ducharme y afeitarme.

Agotado el desempleo, comencé a vagar rebuscando entre los contenedores de basura con la intención de encontrar cualquier cosa que pudiera vender en la chatarrería –la razón por la que no me echaron de la pensión fue que me conocían desde hacía mucho tiempo, y supongo que también por compasión-. En esa época, en la que la casi ausencia de dinero se convirtió en algo usual, hasta Sac se

apartó de mí, sabedor de que no podía sacarme provecho; y yo, lo poco que conseguía me lo gastaba en vino barato que consumía en mi habitación.

Capítulo sexto

Muchos años desde entonces, cerca de tres lustros, y aquí me encuentro, narrando esto: el punto de inflexión de una vida: el hecho de acertar, o no, cuando una serie de elementos causales te ofrecen la oportunidad de encauzar el destino.

Hay algunas cuestiones que quiero comentar... Y es que posiblemente yo no sea Júnior. ¿O sí? ¿Y si la perspectiva la he manipulado y soy en realidad Sara?... Bien: resulta difícil creer que yo sea Sara. En definitiva, lo más probable es que todo esto acabe por ser la obra de un intelectual esquizoide; o quizás de un marginal, antiguo trasgresor social, bebedor de ron negro y vestido con una indumentaria al estilo del rockero que escucha metal más potente que un mercancías... Todo es posible; es posible que sí, o que no.

¿Se ciñe lo relatado a la realidad? ¿Se mezcla la verdad con la ficción? ¿Y si se trata de una gran mentira? Voy a plantear unos asuntos que no admiten duda: hoy todo para mí, sea yo quien sea, resulta un mísero fanal empalidecido, anulado, por los poderosos fulgores del infierno. Cierto es que ocurrió algo que

pudo variar mi rumbo vital, y cierto también es que he bebido, y mucho, pues a día de hoy sufro de una cirrosis terminal que pronto me abocará a la muerte. Pienso adelantarme a ella, a la defunción por disfunción hepática; pero antes acabaré esto que escribo y será enviado por correo a diversas editoriales –he encargado a una persona de confianza que mañana temprano envíe los escritos, ya preparados, a las diferentes direcciones anotadas-, a ver si hay suerte y alguna lo publica con la intención –supuesta- de mostrar lo que pueden llevar a cabo los miedos irracionales y las bajas pasiones.

Yo tuve un gato que sólo vivió año y medio; es, junto a mi perro, la criatura que más he amado durante este amargo tránsito de ebria soledad. Era dulce, cariñoso, dócil... Y todo se hizo añicos cuando constaté, me evidenció su marcha, que los luceros se apagan y que los ángeles pueden morir (se llamaba Blanky: delicioso peluche con ojazos azules). Sólo me queda el perro, Dick, y está tan solo y desamparado como yo. Es negro, pequeño, rabudo, y tiene su frontal –pecho y parte del vientre- de color blanco, como sus piececitos, que le hacen parecer que calce botines; sus orejas son grandes, enhiestas y puntiagudas. Resulta un animalito tan encantador como lo fue el gato.

Ahora cogeré la cadena y lo sujetaré para marchar. Comienza a anochecer y la puesta de sol sonroja la cima de unos estratocúmulos medianos. Una telaraña

de cristales de hielo púrpuras llamados cirros se dejan atravesar y hacen visible el resto de un cielo claro, tan intenso que parece violeta. La bóveda que nos cobija se asemeja a una bandera difuminada multicolor: contraste volcado de un loco pintor. Da la sensación de que la despedida quisiera ofrecerme toda su gama de paisajes y colores celestes. Como explicaba, pasearé con el perro y me acercaré a la vía del tren. Una vez allí, lo soltaré de la correa y –su cabecita sobre uno de mis hombros- lo abrazaré con fuerza y cariño; y entre lágrimas –más por mi Dick que por mí- me situaré en medio de los raíles y esperaré a que la energía cinética me transmita por los pies el advenimiento del fin.

(Este libro ha sido revisado en Gavà, desde febrero hasta agosto de 2011.)